

CASTRO ALONSO

LA MORALIDAD

DEL QUIJOTE



18/9/

EN

A

C. 11 8795

6.14397



B/a)

EN

1802

A

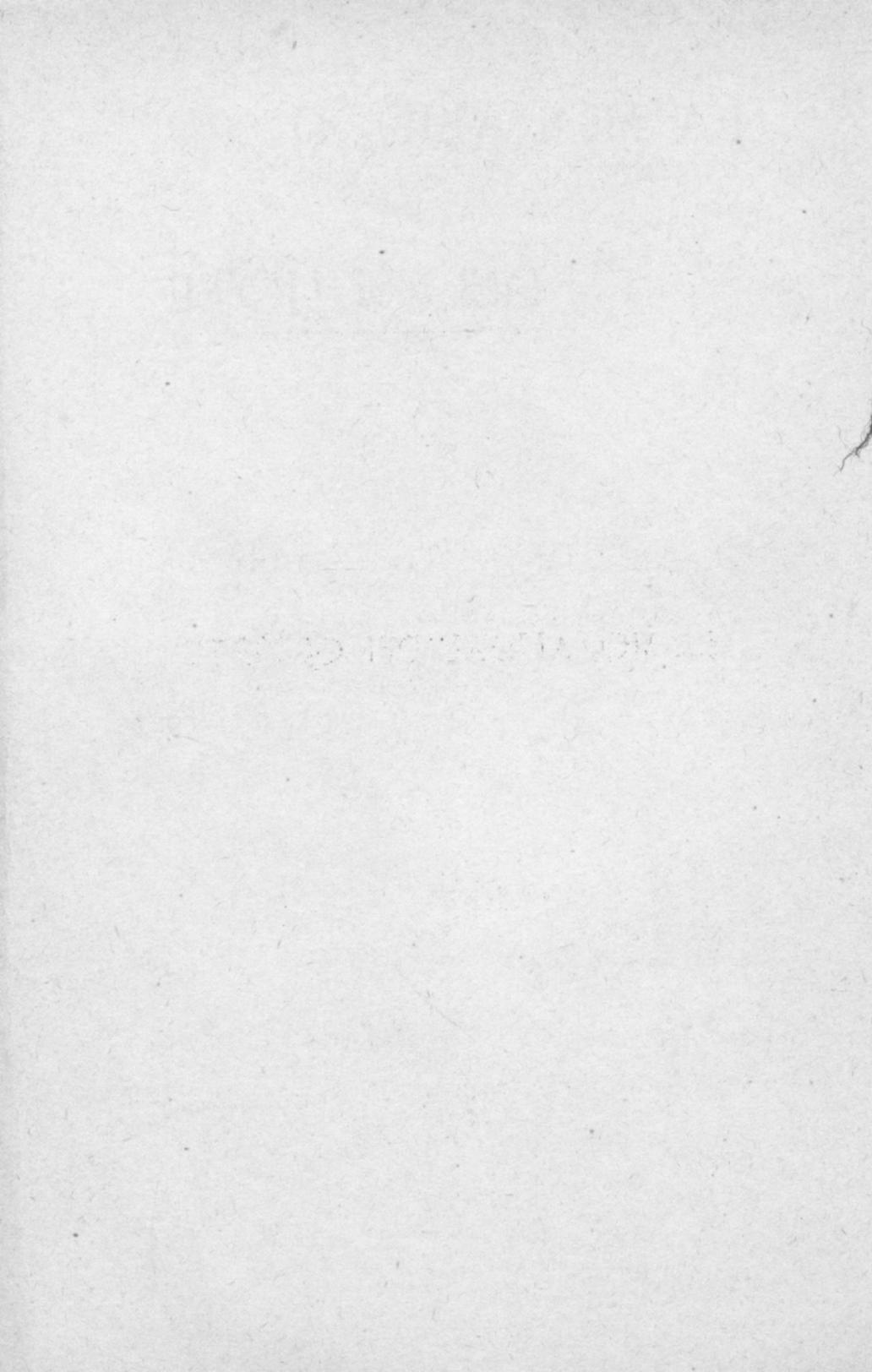
C. 1181795

t. 143942



LA MORALIDAD DEL QUIJOTE





LA MORALIDAD

DEL QUIJOTE

POR EL DOCTOR

MANUEL DE CASTRO ALONSO,

CANÓNIGO ARCHIVERO DE LA S. I. M.

DE VALLADOLID



VALLADOLID

TIP. DE J. M. DE LA CUESTA

*Es propiedad del autor,
y queda hecho el depósito
que marca la ley.*



Q. 209677

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
AL LECTOR.	I
Cap. I.—Moralidad del Quijote deducida del fin mismo de la obra.	I
Cap. II.—De la mesura y caridad con que trata Cervantes al autor del falso Quijote.	21
Cap. III.—En el que se demuestra ser el Quijote libro cristiano teórico y práctico.	31
Cap. IV.—Importantes lecciones morales que se encuentran en el Quijote para la elección de estado.	65
Cap. V.—Pureza de sentimientos que brilla en el Quijote.	81
Cap. VI.—Moralidad de las reglas para gobernar bien.	103
Cap. VII.—En el que se dan reglas morales para los escritores.	127
Cap. VIII.—Reparos que pueden ponerse á la moralidad del Quijote.	161

AL LECTOR

LA excepcional importancia del Quijote, de este hijo preclaro del príncipe de los ingenios, estaba fuera de duda, puesto que le han rendido pleitesía propios y extraños, quemando en su honor el incienso de todas las lenguas, al traducirle á casi todas las de los pueblos civilizados; de la ciencia, empleando los humanos conocimientos de todos los tiempos en exponer la que Cervantes deslizó en su inmortal libro; del arte, admirando y ponderando las bellezas de todo género que en él se encierran; pero, si algo faltaba para encarcerla, se ha cumplido soberanamente en el homenaje universal celebrado con motivo del centenario de su publicación.

Efectivamente; si se descarta la Biblia, libro sagrado, pocos ó ninguno han merecido tanta difusión, ser reimpresso tantas veces, traducido á tan diversas lenguas y comentado en globo, por partes y palabras, bajo todos sus aspectos, incluso el médico, como algún ilustrado profesor español ha hecho recientemente, estudiando, á la luz de la ciencia, la locura de Don Quijote, como un estado patológico posible, que con gran acierto y portentosa previsión describió Cervantes en el siglo XVI.

Mas; en medio de tanto como se ha escrito en pro y aún en contra de esta obra, al extremo que los libros que á ella se refieren pudieran formar una voluminosa y riquísima biblioteca, ignoramos se la haya tratado bajo el punto de vista que conceptuamos más esencial é importante, el de su moralidad, puesto que se trata de un libro de amena lectura, que está, ó quizás debe estar en manos de todos y que, ante todo y sobre todo, es no como quiera novela, sino la primera del mundo, la típica, la modelo, y un conjunto de ellas, á las que importa muy mucho examinar bajo este aspecto, no solamente porque las

que no tienen este carácter no merecen el nombre de tales sino porque siempre, pero quizás nunca cual en nuestra época, han ejercido tan soberana influencia.

Nadie puede dudar, porque es un hecho contrastado por la diaria experiencia, que la frivolidad actual ha convertido á la novela en la única lectura. A ella se acude para buscar solaz, ella inspira los afectos del corazón, y hasta en esta forma hay que presentar, buscando al lector, los adelantos de las ciencias más abstractas como las matemáticas, las naturales y hasta los últimos descubrimientos. Ella es el vehículo de todas las ideas, y su influjo es tan manifiesto como lo comprueban los efectos que produce. Ella excita, exalta, corrompe, prende el fuego del amor ilícito en vírgenes pechos, presenta el suicidio como única solución de los problemas oscuros y complejos de la vida, el robo, el asesinato y el incendio cual salvadoras medidas para librarse el proletariado de la miseria y tiránica opresión á que le tiene reducido la burguesía. Y si tanto mal puede causar, puesto que de hecho le causa, no es susceptible de producir el bien? Ciertamente;

la novela buena puede formar corazones creyentes, virtuosos y hasta santos. Es una forma de predicación dulce y amena, que se recibe sin prejuicio, y tiene la ventaja de que allí donde no llega la voz del misionero, ni puede penetrar la sotana del sacerdote, ni acercarse, sin sufrir el inquisitorial suplicio del fuego, el libro devoto ó el año cristiano, entra con franco pasaporte la novela.

Dados estos precedentes y observando que la única obra, al menos por mí conocida, acerca de la moralidad del Quijote es la del Br. D. P. Gatell en sus dos partes *La moral de Don Quijote* (1) y *La moral del más famoso escudero Sancho Panza* (2), cuyo estilo y plan, propio de la época en que se escribió, no puede satisfacer al menos exigente, concebí la idea de analizar la obra maestra de Cervantes y demostrar con trozos del mismo Quijote su moralidad.

Comencé á escribir con ánimo de publicar este libro el año del centenario,

(1) Dos tomos en 8.º Madrid, imprenta de González, 1793.

(2) Un tomo en 8.º Madrid, imprenta Real, 1793.

péro causas ajenas á mi querer me impidieron terminarle en aquella ocasión, y este contratiempo me resolvió á suspender el trabajo y abandonar el propósito de darle á luz. Mas, he aquí que leyendo algún amigo cariñoso lo ya escrito, tal vez influido más por el afecto al autor que por el ningún mérito de la obra, tanto me instó para terminarla, que puse manos en ella y aquí te la presento, ¡oh lector benévolo! para que sirvas de juez entre las opuestas tendencias.

CAPÍTULO I

MORALIDAD DEL QUIJOTE

DEDUCIDA DEL FIN MISMO DE LA OBRA

DIGA lo que en gana le viniere esa multitud de críticos ó expositores del Quijote acerca del fin que Cervantes se propuso al escribirle, basta leerle con detenimiento para convencerse de que el nobilísimo fin y objeto que movió al piadoso cautivo de Argel á componer su inmortal obra fué poner coto á la inmoralidad que causaban con sus absurdas é inverosímiles narraciones los famosos libros de caballerías.

Aún no había aparecido la novela, digna de este nombre, de la que fué genio creador el de Cervantes, y los espíritus buscaban solaz en lecturas de entretenimiento, proporcionándole una multitud incontable de historias no menos inverosímiles que frívolas y perjudiciales.

Era la edad media una época en la que lo sobrenatural en un sentido amplio é inexacto, puesto que en este orden se coloca vulgarmente todo lo raro, extraordinario y estupendo, reinaba con universal dominio en todas las inteligencias, no se si por exceso de fe rayana en fanatismo y por falta de sólida instrucción religiosa que estableciese la línea divisoria de lo milagroso y lo fabuloso, ó porque las continuas luchas y el antagonismo de clases rodeaba á los Señores y personas de alguna autoridad, sus moradas y vida del sello de lo maravilloso á fin de conservar mejor la superioridad y tener á raya al estado llano. Dadas estas condiciones, la creencia en las brujas, duendes y demás seres invisibles, en las apariciones y milagros, en los encantamientos y maleficios

era tan universal y común, que no hay palacio ni cueva que, juntamente con la imagen ó la Ermita, no se hallen rodeados de una leyenda tanto más atractiva y veneranda cuanto más inverosímil.

Aprovechándose indudablemente de este carácter peculiar, algunos autores inventaron las famosas hazañas de Amadis de Gaula, Bernardo del Carpio, Los doce pares de Francia, Palmerín de Inglaterra, y tantos otros como corrían en las manos de todos. Libros execrables en los que no se sabe qué reprender más si la mala prosa en que estaban escritos y la ninguna literatura que en ellos resplandecía, ó las inverosímiles y absurdas narraciones así de la condición, figura, dimensiones y vida de los andantes caballeros, que aparecen en escena como personas verdaderas y reales, ó las estupidas y risibles hazañas y arriesgadas empresas de vencer colosales gigantes á los que con frecuencia dividían con sus cortantes espadas, derrotar ellos solos numerosos y bien armados ejércitos, trasladarse, con más ligereza que las aves, por los aires, de un

punto á otro y otras muchas de este jaez, ó, finalmente, las obscenidades de todo género que aparecían en los personajes que completaban el cuadro así de varones como de doncellas de toda edad, clase y condición, en las que el juego del amor, que siempre era el *Deus est machina* de tales obras, era tan mundano y lascivo que jamás tenía otro término que la impureza.

Cuánto daño hiciesen tales libros en todas las clases sociales, pero muy singularmente en la juventud acomodada que sabía leer ó podía detenerse á escuchar, harto claro lo enseña el mismo Cervantes al presentar la figura de Don Quijote loco perdido á más no poder por la lectura de tales libros, empeñado en sostener la real existencia de los andantes caballeros al extremo de resolverse á imitar sus hazañas y seguir su vida, tan ofuscado en esta creencia que todo cuanto ve y le acontece míralo bajo este aspecto sin que sean bastantes á sacarle de su error las afirmaciones de Sancho y demás personajes, los sufrimientos mismos que su cuerpo experimenta, los desengaños que

sufre, llegando hasta influir en el ánimo de su fiel escudero infiltrando en él parte de su locura haciéndole creer lo mismo que él profesaba.

Y si no fuera suficiente prueba del estrago causado en aquella sociedad por los tales libros la personalidad del Quijote, ahí está el testimonio irrecusable de la gran escritora Santa Teresa de Jesús, que en el libro de su vida (1), dice á propósito de la lectura de los libros de caballería:

«Paréceme que comenzó á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuán mal hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en

(1) Vida cap. II.

ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé é quedarme en costumbre de leerlos, y, aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos, y fué causa que comenzase á faltar á lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embobaba, que sino tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecían á mí no eran de ningún pecado muchos años; ahora veo cuan malo debía ser».

No habían faltado, ciertamente, teólogos eminentes cual Melchor Cano y otros que habían reprobado tales lecturas como contrarias á la moral y perjudiciales á las costumbres, pero sus clamores habíanse perdido en el vacío y los tales libros seguían siendo cada vez más leídos al extremo de no haber ya mesón ni posada, barbería ni cocina donde no hubiese algún que otro entendido en lectura y á quien rodeasen los concurrentes, hechos todo oídos, para solazarse en aquellas ampulosas y desconcertadas descripciones admirándose de cuando en cuando y riéndose libre y descompasadamente las más veces, no faltando el sabroso comentario sobre si hubiera sido más eficaz acometer la empresa de esotra manera, ó herir al contrario en tal otra parte, ó parar el golpe con cual posición; mas siempre partiendo de la base de la absoluta verdad de lo que se leía.

Resultando infructuosas las censuras y recriminaciones de los moralistas contra los libros de caballería, era difícilísimo ahuyentar la plaga y curar la enfermedad que

«cada día se extendía más y producía mayor número de víctimas. Empresa reservada al príncipe de los ingenios españoles, al inmortal Cervantes.

Yo no me atreveré á asegurar que el móvil principal y primario que dirigió su pluma al escribir el Quijote fuese acabar con la inmoralidad que causaban los libros de caballería, aun cuando así parece indicarlo él mismo en estas palabras: «derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros», y no el fustigar á aquellos literatos sin literatura, en cuyos libros no había ni realidad de asunto, ni belleza de forma; lo cual sería no pequeño motivo para que Cervantes, genio novelista de primer orden, príncipe de literatos y purísimo hablita castellano, sintiese tal repugnancia, al hojear en sus ratos de ocio tales libros, que se resolviese á ridiculizarles y desterrarles, empleando para ello el método más seguro á la vez que más difícil, la crítica satírica más fina y delicada que puede imaginarse. Esto y no otra cosa es el Quijote. La ridiculización más sublime de la andante

caballería. Ataque vigorosísimo que dió en tierra con los Belianis, Espejos de caballeros y demás tramas de embustes y obscenos amoríos, consiguiendo que á todos ellos reemplazase su Quijote, que ocupando los públicos lugares por ellos habitados les fué arrojando de tales posiciones, y consiguientemente de las cabezas semi-trastornadas de caballeros y servidores, damas y doncellas.

Donosa y original manera de dar al traste con libros disparatados y perjudiciales á la moral particular y social y que no es menos necesaria hoy que en tiempo de Cervantes. ¡Lástima que no apareciese un ingenio tan peregrino como el suyo que, tomando en sus manos las aceradas satíricas disciplinas, descargase duros y acertados golpes sobre tanta novela indigna de este nombre!

Como en los tiempos de Cervantes y en todos los de la historia, por lo mismo que es una ley universal en un todo conforme á la humana naturaleza, las ideas de cada época forman el elemento sustancial que informa

no sólo las costumbres sino la literatura, los escritos, discursos, libros y folletos de todo género desde el científico, serio y abstruso, hasta la novela ligera, que sirve de folletín al periódico.

Desgraciadamente en nuestra época dos clases de ideas ejercen el monopolio y son como las corrientes que mueven todas las inteligencias y los corazones humanos, el socialismo más aterrador y el naturalismo más desvergonzado. Ambas tienen sus libros y con ellos van volviendo huecos los cerebros y enloqueciendo á cuantos les leen.

Las novelas socialistas de Tolstoi, Max Nordau y otros han exaltado de tal modo las inteligencias y producido tantos Quijotes imitadores decididos de sus héroes que, cual el caballero manchego, se persuaden ser los llamados á regenerar la sociedad y á limpiar el mundo de la execrable raza burguesa, especie de mandrines que tiene esclavo al resto de la humanidad, y para ello no les importa caer en manos de cuadrilleros que les prendan y sentencien, ni de yan-güeses que les muelan las costillas; ni son

capaces á serenar su juicio y dar claridad á su inteligencia cuantos curas y barberos, canónigos y capellanes les manifiesten, sin ambages ni rodeos, la falsía de cuanto en tales libros se dice y pregona, que por ese camino no puede venir la regeneración de la sociedad sino su destrucción y muerte; que la igualdad absoluta social es imposible y ni ha existido jamás ni es conforme, antes muy contraria á la naturaleza; que el derecho de propiedad es sacratísimo y connatural al hombre. Nada es suficiente á convencerles del extravío que experimentan; cada día están más firmes en sus propósitos y estos modernos libros de caballería, esas novelas socialistas, comunistas y anarquistas, esos periódicos ácratas, esos tratados disolventes, corren de mano en mano, tienen un número espantoso de lectores, pero de lectores convencidos, creyentes, persuadidos de la verdad de cuanto en ellos se dice, admirando las hazañas y empresas de los que exponen su vida por asesinar á un monarca, jefe de estado ó personaje político de importancia, resolviéndose á imitar á

tal libertador de la humanidad, desfacedor de agravios y enderezador de entuertos.

Mucho, muchísimo, han escrito en contra los sociólogos, moralistas y teólogos católicos; pero, sea porque, á semejanza de lo que ocurrió con las condenaciones de los libros de caballería, tales obras están escritas muy en serio, demasiado científicamente, y por esto no al alcance de las inteligencias vulgares, por cuyo motivo ó no se leen porque se hacen pesadas, ó si se leen no se entienden, ó porque se divulgan y propagan poco y no llegan jamás á las manos de las muchedumbres, es lo cierto que lo absurdo y utópico gana terreno y cuenta cada día con más partidarios al par que lo cierto y verdadero se reduce cada vez más.

Á estos desvaríos sociales, que, por la extensión del dominio que ejercen, pueden apellidarse soberanos, siguen otros no menos perjudicadores del orden moral y son las lecturas de las novelas naturalistas, que, con desenfreno incalificable y desvergüenza sin límites, pintan el placer más bajo con tan vivos colores que son capaces de

enrojecer el rostro más curtido por todo género de excesos, haciendo consistir el amor libre en la unión bestial, y panegirizando tales ideas que exaltan y enloquecen los cerebros jóvenes llevándoles á la pérdida de la inocencia y de la honra y no pocas veces, ante alguna dificultad que se presente en el camino de su rápida y loca unión, de la misma vida en esos dramas tan frecuentes en que jóvenes sin sentido se la quitan en flor como prueba de amor, siendo así que es el más palmario y desconsolador testimonio de la absoluta falta de fe y de generosas y levantadas ideas morales, y la estadística más aplastante y abrumadora de la pernicioso influencia ejercida en tiernos y jóvenes corazones por esos libros de caballerías llenos de amoríos tan necios, locos y vanos, como dañinos y perjudiciales.

Ahí están esas obras de Zola, Dumas, Flaubert y otros de este jaez, que seguramente han desequilibrado más cerebros, corrompido más corazones y rasgado más velos de inocencia que letras contienen sus numerosos volúmenes.

Ni han sido eficaces contra este aluvión las condenaciones serias de tales obras por la autoridad competente; la censura que á su mal gusto literario han hecho buenos y meritísimos literatos; la exposición de los peligros y la manifestación de las fatales consecuencias á que conducen, clara, precisa y terminantemente expuestas por moralistas de toda clase; la relación horrible de las víctimas causadas por tales lecturas; nada, absolutamente nada de esto ha sido bastante á evitar que muchos Alonsos Quijanos de uno y otro sexo se hayan entregado de lleno, de noche y de día, á la lectura de estos libros y tanto se hayan á ellos aficionado que, creyendo casi dogma de fe cuanto dicen, se enloquezcan al extremo de reputar singular honor y hazaña digna de pechos nobles y generosos la copia de cuanto en ellos se consigna, siquiera sea lo más reprobable y absurdo.

Mucho me equivoco si no daría grandísimo resultado y sería obra digna de todo encomio y merecedora de todos los aplausos de la sociedad y de la religión, la de un

nuevo Cervantes, que, dotado de un ingenio tan excelso como el del inmortal manco de Lepanto, satirizase con gracia y donaire tales aberraciones sociológicas y naturalistas, dispensando así á la moral y á la sociedad un beneficio que ni los anatemas, ni las refutaciones serias y profundas, ni la fuerza y todo el artificio de prohibiciones eclesiásticas, civiles y naturales, han logrado obtener.

Dicen los moralistas que el fin es una de las fuentes de la moralidad, tanto que una obra puede y debe con justicia reputarse buena si el fin que el autor persigue con ella lo es.

Sentado este principio incontrovertible de moral y examinando atentamente el Quijote es evidente bajo este aspecto su moralidad. De la misma narración se desprende que su autor se propuso acabar con los destrozos literarios, intelectuales y morales que en el mundo causaba el monstruo de los libros de caballerías, presentando como víctima sublime la figura del caballero de la triste figura, loco á más no poder y

arrojado cual miserable y dócil instrumento en el estadio de todas las insensateces, y que al fin, recobrando el juicio, abomina de tales libros, reconoce su yerro, pregona su equivocación, pide perdón de sus fechorías, y exhorta á todos á huir de lo que le ha trastornado el juicio escarmentando en cabeza ajena. Estado del que no participa poco el honrado Sancho, á quien basta á revolver su cerebro y ponerle á las puertas del de su Señor la conversación y trato constante con éste, sin que le libere el no saber leer ni haber cogido jamás en sus manos uno de esos libros ni oído los nombres de sus más preciados héroes.

Fin que el mismo Cerrantes declara por boca del caballero del Verde Gabán ser el que le movió á escribir (1) en estas palabras: «¡Bendito sea el cielo, que con esa historia, que vuesa merced dice que está impresa, de sus altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros

(1) P. II, cap. XVI.

andantes, de que estaba lleno el mundo tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias».

Nobilísimo fin y altamente moral, que no merece aplausos solamente por haberle propuesto Cervantes contra los libros de caballería y haber conseguido su objeto y glorioso triunfo, sino muy principalmente porque su enseñanza moral trasciende su época y pasa á ser oportuna en todos tiempos y edades; puesto que siempre ha habido, hay y habrá libros de caballería de uno ú otro género, con tal cual nombre, cuyos funestos efectos son idénticos á los producidos por aquellos en el bueno de Alonso Quijano y su sencillo escudero, y por tanto la lección que en el áureo libro se encierra contra tales lecturas, es enseñanza perpetua, cátedra permanente, predicación constante de fruto seguro, tan sano y moral, que no cabe idearle mayor.

Si á esto se añade la misma declaración de Cervantes que en el prólogo de esta su obra príncipe dice que «quisiera que este

fibro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse». Hermosura, gallardía y discreción que harto sabía el príncipe de los ingenios no se hallan más que en la moralidad de lo que se escribe; pues lo inmoral, diga lo que quiera una filosofía positivista que se ha empeñado en trastornarlo todo, ni es hermoso, sino feo con la más aborrecible fealdad, ni gallardo, sino encogido, raquítico y contrahecho, ni discreto sino más bien desatinado é imprudente. No podía por consiguiente reunir las condiciones que debía tener, ni estar adornado de las prendas que deseaba su padre este su hijo predilecto sinó venía con la moralidad por fin no sólo de la obra, según de su estudio resplandece, sino del mismo operante.

Moralidad, que gallardamente asegura ser el fin que le ha movido á escribir, y hemos de juzgar debió ser el de su obra predilecta, en estas famosas palabras del Prólogo á sus *Novelas ejemplares*: «Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra

república una mesa de trucos, donde cada uno puedallegar á entretenerse sin daños de barras; digo sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan... Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público».

The first of these is the fact that the
 majority of the cases are reported
 from the West Coast of the United States.
 This is probably due to the fact that
 the climate is more favorable to the
 development of the disease in that
 region. The second fact is that the
 disease is more common in the
 summer months. This is probably
 due to the fact that the temperature
 is higher and the humidity is greater
 during that time of the year. The
 third fact is that the disease is
 more common in the lower
 social classes. This is probably
 due to the fact that the living
 conditions are more crowded and
 the hygiene is poorer in those
 classes.

CAPÍTULO II

DE LA MESURA Y CARIDAD

CON QUE TRATA CERVANTES AL AUTOR

DEL FALSO QUIJOTE

APENAS hay entre todas las humanas contrariedades y humillaciones dar- do más envenenado y que más hiera el amor propio y profundice la herida hasta lo íntimo del alma, que el rebajamiento de nuestro valer, la burla de nuestros mé- ritos, el desprecio de las obras que nosotros reputamos como más excelentes, y por encima de todo ésto lo que ocurrió á Cervan- tes con el falso Quijote, la aparición de un

libro, semejanza del suyo, que quiere usurparle el nombre, la fama, el éxito y hasta el lucro pecuniario que podía producir y del que no poco había menester el soldado herido en Lepanto y reducido casi á la última miseria.

Hurto de fama, de ingenio y de provecho, capaz de excitar al más pacífico y sosegado temperamento y desatarle en improperios, reproches, ayes y lamentos, que fuesen otras tantas filípicas y acerbas recriminaciones contra el innoble y criminal autor de tal hazaña.

Y si la pluma del herido sabe teñirse en hiel y untar con ella las heridas que causar pudiera en el adversario, parece hasta lógico y es en extremo humano apretarla con la mayor fuerza posible para que la llaga sea más profunda y el dolor más intenso.

Cierto que la caridad cristiana, reina de todas las demás virtudes, aconseja lo contrario, refrena esos ímpetus vengativos, aborrece de la hiel y no se compadece más que con la dulzura; pero este proceder es tan elevado y superior, y se halla tan fuera

de los naturales impulsos, que ha llegado á ser axiomático que «la venganza es el placer de los dioses» y por tanto una especie de felicidad y apetecido manjar de los mortales.

Notable es por demás y digna del mayor encomio, aplauso é imitación, la conducta empleada por Cervantes con su rival, quien quiera que sea el autor del falso Quijote. Desde luego rechazamos como inverosímil, enteramente gratuita y destituida de todo fundamento, la atrevida opinión de los que atribuyen al insigne autor del verdadero D. Quijote la paternidad del falso.

Cuantas veces, que son muchas en la segunda parte, hace mención de la imitación de su predilecto ingenioso hidalgo, lamentase, como no podía menos, de tan bajo proceder, manifiesta noble y lealmente que tal mónstruo no es parto de su altísimo ingenio y fecunda pluma; pero, en medio del dolor que le produce el que se pueda por muchos confundir un raquíctico, jorobado, pobre y enfermizo caballero con el suyo fuerte, derecho, apuesto, rico y robusto, no

se halla en todos los lugares en que de esto se ocupa ni una frase injuriosa, ni una palabra mortificante, ni un vocablo que hiera, ni una sátira que traspase, todo comedido, mesurado y caritativo.

Bien claro lo manifiesta en el Prólogo de la segunda parte diciendo: «Valame Dios, y con cuanta gana debes estar esperando ahora, lector ilustre ó quier plebeyo, este prologo, creyendo hallar en el venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote, digo de aquel, que dicen se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que le diera del amo, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento; castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya». Y, después de defenderse con gran donaire de haberle notado de viejo y de manco, continúa: «He sentido también que me llame envidioso, y que, como á ignorante

me describa qué cosa sea la invidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio: y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañose de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación continua y virtuosa. Pero, en efecto le agradezco á este señor autor el decir que mis novelas son mas satiricas que ejemplares, pero que son buenas: y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo».

«Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi

parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle á un hombre en el entendimiento que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama». Y termina con los dos graciosísimos cuentos de los locos de Sevilla y Córdoba, que ciertamente son una agudísima sátira para rechazar por malo el falso, advirtiendo con singular gracia lo poco que le importa la amenaza de quitarle la ganancia de los libros, si Dios se digna conservarle sus dos providencias, el gran conde de Lemos y el Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

Ni se muestra menos comedido y mesurado en las diferentes ocasiones que en el curso de su segunda parte se ocupa del tal libro, como es de ver en el cap. LIX cuando, hallándose en la venta después de la aventura de los toros y oyendo leer la segunda parte de D. Quijote de la Mancha á unos huéspedes que allí había, luego que se la hubieron mostrado comenzó á hojearla y

de allí á un poco se volvió diciendo: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de represión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutierrez; y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer yerre en todas las demás de la historia».

Reproche tranquilo, que sigue el mismo D. Quijote en el curso de la conversación, ora cuando D. Juan afirma que nadie más que Cidi Hamete es digno de tratar las cosas del gran D. Quijote, á lo que éste sossegadamente responde: «Retrateme el que quisiere; pero que no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias», ora cuando rechaza la falsa afirmación de que D. Quijote se

había hallado en una sortija en Zaragoza, diciendo: «Por el mismo caso, no poudré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el D. Quijote que él dice».

Conducta que imita el mismo Sancho al responder á la pintura que según don Juan hace de él el moderno autor representándole comedor, simple y no nada gracioso, con estas palabras: «Dios se lo perdone; dejárame en mi rincon, sin acordarse de mi, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma»... «Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo querría que ya que me llama comilón, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho».

Algo más fuerte, pero nunca vengativo ni faltó de caridad, se muestra cuando al recorrer D. Quijote la imprenta de Barcelona (1),

(1) Cap. LXII.

vió asimismo que estaban corrigiendo un libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *La segunda parte del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal... vecino de Tordesillas. «Ya yo tengo noticia deste libro, dijo D. Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará como á cada puercu; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas». Y cuando en el capítulo LXX le hace objeto de danza diabólica, digno de estar sepultado en los abismos del infierno, pues es tan malo, según testimonio del mismo diablo que: «si de propósito, yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara».

«Y finalmente todo el ingenioso capítulo LXXII donde refiere el encuentro con D. Alvaro de Tarfe y la declaración prestada ante el Alcalde de ser distintos los dos

Quijotes y Sanchos, que si es una ingeniosa repudiación del falso Quijote de Avellanedá, nada contiene que salga de los límites de la mayor medida y más rara prudencia.

Importantísima lección de moral para todos aquellos autores que, viéndose contradecir, poco seguros de la verdad de sus razonamientos y justicia de su causa, se desatan en improperios, insultos, injurias y malas palabras contra el adversario, levantando calumnias, descubriendo faltas, sacando á público pregón secretas historias, faltando á todas las leyes de la caridad, de la prudencia y hasta de la cortesía, como si con tal procedimiento diesen fuerza á las razones, verdad á la historia, galanura al decir, y vestido elegante á los personajes, y no echasen un borrón repugnante sobre lo bueno que hubiera en sus escritos, ocultando al discreto lector las bellezas en que pudiera recrearse y alejando de ellas su vista ante el aspecto asqueroso de tal defensa.

CAPÍTULO III

EN EL QUE SE DEMUESTRA

QUE EL QUIJOTE LIBRO CRISTIANO,

TEÓRICO Y PRÁCTICO

PODRÁ haber sido dudosa, como sostienen algunos historiadores, la fama y conducta de Cervantes, pero es indudable que su fe cristiana no desmerece de lo pura y acendrada que era en aquella época y que da el buen ejemplo de ocultar en esta su obra maestra sus defectos, si realmente los tuvo, y derramar en los personajes que crea toda la grandeza de convicciones é instrucción religiosa de que se hallaba

inundada su alma, á diferencia y para eterna reprensión de los autores modernos que ponen todo empeño en hacer gala de incredulidad en sus obras, yendo quizás mucho más allá de lo que en sus adentros piensan y sienten.

Así resulta que los personajes todos del Quijote son cristianos creyentes, instruidos en las cosas de la religión, prácticos en ellas y viva representación de aquella época de piedad y gran espíritu religioso en que hasta el más humilde labriego era un consumado teólogo en comparación con lo que en materias religiosas saben y conocen nuestros afamados sabios.

Y puesto que, como ya hemos dicho, no hay fuente más pura ni principio más seguro de moralidad que la que procede de la religión cristiana, al presentarse D. Quijote como un hidalgo de los de su época, en los que brilla ante todo y sobre todo su condición de cristiano teórico y práctico, queda demostrada la moralidad del libro. Esta estimabilísima cualidad es la que con gran acierto y buen gusto sabe Cervantes

hacer resaltar en todos los momentos de su héroe, sin que la persistente y sublime locura, que trastorna su cerebro y le hace ver todas las cosas bajo el prisma de su profesión, quitándole hasta la percepción exacta de ellas y figurándose las ventas castillos, los rebaños ejércitos, los molinos de viento gigantes, y otras á este tenor, sea capaz de borrar ni tergiversar ni dar al olvido sus conocimientos y prácticas religiosas, que expone, defiende y sigue con sin igual denuedo en cuantas ocasiones se le presentan, cual si el autor hubiera puesto singular empeño en presentar á su famoso loco como perfecto caballero cristiano.

No es empresa fácil recorrer todos los lugares del gran libro en que D. Quijote muestra su fe religiosa. En cuantas ocasiones difíciles se le presentan, antes de intentar una aventura, al mismo tiempo ó bien antes que encomendarse á su Dulcinea, encomiéndose á Dios, cuyo auxilio suplica y en cuya protección espera.

Así sucede, por ejemplo, antes de la memorable aventura de los molinos de

viento (1), encargando al miedoso Sancho: «ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla»; así en la descomunal de los leones (2) de la que refiere el autor que, «con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón y luego á su señora Dulcinea». Conducta que claramente manifiesta ser la procedente, al contestar á la observación de Vivaldo (3), contra la profesión seguida por D. Quijote, de parecerle muy mal la práctica de los caballeros andantes, que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su Dios: cosa

(1) P. I, cap. VIII.

(2) P. II, cap. XVII.

(3) P. I, cap. XIII.

que me parece que huele algo á gentilidad». A lo que replica D. Quijote que no puede ser de otra manera por ser uso y costumbre en la caballería andantesca: «Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios; que tiempo y lugar les queda en el discurso de la obra». Con cuyas palabras declara que la invocación de la dama obedece á la costumbre mientras la de Dios es efecto de la fe que aquella no puede en modo alguno borrar.

No obstante ser las hechicerías, el hado y la superstición, la religión de los andantes caballeros, al punto de que, á fin de hacer más verdadera la figura de D. Quijote, Cervantes le presenta tan aferrado á estas creencias que le ofrece víctima de los encantadores, no sólo demuestra la existencia de la Providencia de Dios que todo lo dirige y gobierna sino que rechaza la falsa doctrina fatalista en este hermoso párrafo (1) que precede á la aparición de Ginés de Pasamonte, en el momento que don

(1) P. I, cap. XXV.

Quijote iba á imitar la locura de Baltenebros, y hurto del rucio de Sancho: «Pero la suerte fatal, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo» como si quisiera prevenir á los que leyendo notas en la superstición del caballero de la triste figura, no juzgasen que el autor afirmaba y creía lo que la condición de su héroe le hacía resaltar en éste.

Con frecuencia pregonan la excelencia de la virtud, superior á toda otra dignidad y nobleza, inclusive la de caballero andante, de la que tan prendado estaba el hidalgo manchego, según es de ver en varias ocasiones cuando trata de describir las condiciones de su sin par Dulcinea, por las que había conseguido encender su corazón en su amor y ser la dueña de sus pensamientos y el aliento de sus empresas. Son entre otras aquella del capítulo XXV (P. I.) en que explicando á Sancho, antes de enviarle con la famosa carta, quién era Dulcinea, hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, lo que sorprendió en gran manera

al escudero que no creía pudiera ser tan humilde labradora la dama de su Señor, antes juzgábala gran princesa, dice: «Porque has de saber Sancho, si no lo sabes, que dos solas cosas incitan á amar, más que otras, que son la hermosura y buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan». Idea que amplía elegantísimamente al hacer, á instancias de los Duques (1), la pintura de ella y contestar á esta objeción que le presentó el Duque que: «en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajeas, con las Madasimas, ni con otras de este jaez». «A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado».

Altísimo pensamiento que con profundísimo sentido moral y filosófico desarrolla,

(1) P. II, cap. XXXII.

como veremos más tarde, cuando compara la hermosura física de la mujer con la moral, sobreponiendo siempre la virtud á toda otra grandeza, sea del género que quiera. Léase á este propósito el consejo que da á Basilio (1) acerca de las condiciones que debe tener la mujer para ser tomada por esposa: «Lo primero, dice, le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo; que mucho más dañan á la honra de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, facil cosa será conservarla, y aun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso».

Disertando con su ama y sobrina (2) acerca de los linajes, da Don Quijote esta

(1) P. II, cap. XXII.

(2) Ibid cap. VI.

admirable sentencia: «De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar.

Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo caritativo.....»

Pero el trozo, verdaderamente sublime, en que se derrama el aprecio y estima que un buen cristiano debe hacer de la virtud sobre todas las grandezas y excelencias de este mundo, es el coloquio que tuvo con Sancho yendo á ver á

Dulcinea (1), y en el cual, después de referirle el hecho del Emperador Carlos V visitando el templo del Panteón de Roma y el soldado romano que quiso arrojarse con el monarca desde la claraboya para adquirir fama, y demostrarle con este ejemplo y otros muchos hechos históricos, que el deseo de fama é inmortalidad es innato en el hombre, diserta de este modo: «Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado; así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite

(1) P. II, cap. VIII.

que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia; á la envidia en la generosidad y buen pecho; á la ira en el reposado continente, y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; á la injuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre christianos famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama».

Que la virtud ensalzada por D. Quijote en este memorable coloquio con Sancho es la virtud cristiana, que forma los santos que veneramos en los altares, y es la única excelente, la única sólida y verdadera, la única que merece sobreponerse á toda otra grandeza, bien lo declara al solucionar la dificultad que Sancho le presenta acerca del lugar donde se hallan, como en su término,

los famosos personajes citados por su amo, aquellos «Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos, que ha dicho, que ya son muertos».

«Los Gentiles, respondió D. Quijote (manifestando sin ambages su fe y cristiana instrucción en los dogmas del infierno, vida futura, premios y castigos á los creyentes é incrédulos), sin duda están en el infierno, los Christianos, si fueron buenos Christianos, ó están en el purgatorio, ó en el cielo. Está bien, dixo Sancho, pero sepamos aora, essas sepulturas, donde estan los cuerpos dessos Señorazos, tienen delante de si lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabbelleras, de piernas, de ojos de cera, y si desto no, de que están adornadas? A lo que respondió Don Quijote, los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien oy llaman en Roma la aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura

un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que agora es el castillo de Santangel en Roma; la Reyna Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrassen ser santos, los que en ellas estában sepultados. A esso voy replicó Sancho, y dígame agora, qual es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante. La respuesta está en la mano, respondió don Quixote, mas es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho, luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los coxos, y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama sera para este y para el otro siglo, que la que dejaron, y dejaren quantos Emperadores, Gentiles y Cavalleros Andantes ha avido en el mundo».

Tan lógica consecuencia, rectísimamente deducida por Sancho de las premisas sentadas por su amo acerca de la virtud cristiana sobre toda otra excelencia, parece debiera excitar y confundir á Don Quijote, para quien nada había capaz, no ya de superar, mas ni aun de igualarse con la profesión de andante caballero; pero el héroe de Cervantes, que antes que caballero y más y por encima de ésto es buen cristiano, no tan solo no la rechaza, sino que la hace suya y explica en esta bellísima forma: «También confieso esa verdad, respondió Don Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los Santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción, y engrandecen su Christiana fama. Los cuerpos de los Santos ó sus reliquias llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huessos, adornan y enriquezen con ellos sus oratorios, y sus

máspreciados altares. Que quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo don Quixote. Quiero decir dijo Sancho que nos demos á ser santos y alcanzaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos; y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer, que según ha poco se puede decir desta manera, canonizaron, ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían, y atormentaban sus cuerpos, se tiene aora á gran ventura el berrarlas, y tocarlas, y están en mas veneración que está, según dijo la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde; así que, señor mio, más vale ser humilde frailecito de cualquier Orden que sea, que valiente, y Andante Cavallero; mas alcanzan con Dios dos dozenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á Vestiglos, ó á Endrigos. Todo esto es assi, respondió, don Quixote, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo, religión es la caballería caballeros santos ay en la gloria».

Pasaje en que no brilla tan solo la contraposición de la vida religiosa y virtuosa á la de caballero andante con esas hazañas y arriesgadas empresas hecha por Sancho á su Señor, tocándole en lo más delicado de su sér, sino que parece inspirado por uno de los místicos más célebres de nuestro siglo de oro, pues revela un conocimiento tan profundo de la vida religiosa, de la virtud cristiana y del adelantamiento de la vida espiritual que suponen los distintos grados de perfección y méritos en relación con el premio, que no se hubieran desdeñado suscribirle San Juan de la Cruz ó el Venerable Granada.

Cristiano que así se explica, cuando se ocupa de la excelencia de la virtud no puede menos de creer con fe viva y manifestar con espontánea sencillez la profunda convicción de su alma en los grandes dogmas de la vida futura y de los lugares ó estados en los que se ejecuta la justicia y misericordia divinas.

La caducidad de esta vida y la existencia de otra permanente y estable, cuya

verdad no es sólo revelada sino que puede conocerse con solas las luces de la razón, la atestigua no Don Quijote sino el mismo Cervantes en una especie de prólogo que pone al comenzar el cap. LIII y dar cuenta del fatigado fin que tuvo el gobierno de Sancho. Dice así: «Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. A la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño y al otoño el invierno, y al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera, más que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cidé Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural lo han entendido»...

En diversos pasajes, algunos ya citados aquí, manifiesta la verdadera doctrina

cristiana acerca del cielo, lugar de bienaventuranza y felicidad, donde se hallan los santos.

Que hay un lugar de castigo *ubi nulla est redemptio*, á donde van los condenados sin esperanza de salida ni alivio, y otro de expiación, en el que no se puede merecer, pero del que puede salirse merced á los auxilios de los fieles que con sufragios pueden ayudar á las almas que se hallan en el purgatorio, obra suma de caridad propia de todo cristiano no sólo como tal sino de todo corazón noble y generoso, por lo que Don Quijote la reputa suya bajo el doble aspecto de cristiano y caballero, bien claramente lo profesa no sólo al aparecérsele la dueña Doña Rodríguez, á la que dirige estas palabras llenas de fe en el purgatorio y en la necesidad y eficacia de los sufragios (1): «Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que me digas qué es lo que de mi quieres. Si eres alma en pena dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis

(1) Cap. XLVIII.

fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende»; sino principalmente cuando, caballero sobre rocinante, se detuvo al borde de la sima donde se había hundido Sancho y su Rucio al oír los lastimeros ayes que lanzaba el primero y los rebuznos del segundo, antojándosele al principio gritos de almas existentes en los respectivos lugares de ultratumba, y que se hallan, según la común creencia, en el seno de la tierra, que por aquella abertura se percibían. Bajo esta impresión y aun pensando que por el parecido de la voz que reclamaba auxilio pudiera ser el alma de Sancho, muerto sin él saberlo, se explica de este modo (1): «Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quien eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres haga por tí, qué

(1) . Cap. LV.

pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios... por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la iglesia católica romana, bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare». Profesión de fe en el purgatorio y en los sufragios tanto más valiosa cuanto que demuestra lo viva que se hallaba en el pueblo español, así en los hidalgos y nobles como Don Quijote como en los vasallos y plebeyos como Sancho, no obstante ser la época en que el protestantismo había negado, y hasta vilependiado y ridiculizado tales dogmas. Doble mérito en Cervantes que no teme presentar á su personaje tan creyente en ellos sin las cobardías de tantos escritores y literatos que,

por no oponerse á las modernas corrientes, ahogan sus propios sentimientos, y si es preciso hasta se expresan y ponen en boca de los suyos lo que repugna y contradice á sus ideas y convicciones, creyendo ser este camino más fácil para llegar al aplauso, cuando precisamente es el más opuesto.

Los profundos conocimientos religiosos de Cervantes, que aparecen personificados y vivos en Don Quijote y Sancho, son tan universales que no hay asunto que no se trate con tanta claridad y maestría como naturalidad.

Si deseamos saber el juicio que aquella época formaba del clero, el respeto que merecía su altísima dignidad, y la consideración que á los clérigos ofrecían toda clase de personas, no hay más que leer los capítulos XIX y XXIX y se verán con qué veneración trataban á los Sacerdotes; cómo conocen sus privilegios, cual el llamado del canon con las condiciones precisas para incurrir en la excomunión, cual lo demuestra Don Quijote en la aventura del

difunto (1); cómo el Sacerdote no debe cambiar de traje vistiéndose de mujer, por ser poco honesto y decente, aun cuando vaya mucho en el cambio y pueda producir excelentes y beneficiosos resultados, como ocurría en el caso del cap. XXVIII.

Si se quiere conocer la altura de conocimientos de historia sagrada y eclesiástica que alcanzaba Cervantes, basta oír á Don Quijote explicar á Sancho las imágenes que les enseñaron los labradores, que hallaron á la salida del palacio de los Duques. No debe pasarse en silencio por lo hermosa, así en la brevedad y concisión como en la exactitud y galanura de la frase, la descripción que hace de San Pablo al ver la imagen de su conversión; (2) dice así: «Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida, y santo á pié quedo por la muerte, trabajador incansable

(1) Cap. XIX.

(2) Cap. LVIII, P. II.

en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo».

Esta fe, es la que el cautivo en Argel tuvo que profesar en medio de las privaciones, burlas y aun tormentos de los mahometanos, implacables enemigos de nuestra religión, tan perfectamente conocidos como admirablemente retratados por él al decir que su carácter distintivo es la obstinación en sus falsas creencias. Con inimitable galanura expone las dulzuras de esa fe que va iluminando poco á poco la inteligencia del que se convierte y robusteciendo su alma al punto de no temer perderlo todo, familia, bienes, comodidades, padres, patria, amigos, libertad, vida, por abrazarla y no perderla. Las ternuras de la devoción á María como medio de atraer amantes corazones al lazo divino de la religión, materia es que juntamente con las anteriores se halla expuesta con tales encantos, con tan sublimes bellezas, con dulzuras tantas en la novela ó historia verídica, como quieren algunos, de

la conversión de la mora Zoraida á nuestra religión, que no creo pueda haber corazón tan frío y ojos tan secos que al leerla no se inflame y humedezcan con lágrimas de fervor religioso, de devoción á la Santísima Virgen, y con propósitos de seguir á Cristo, abrazar su religión y su fe, como él quiere, abandonando, si es preciso, al padre y á la madre, la patria y las riquezas, todo lo que pueda ser dificultad ú obstáculo para ir en pos de él.

A estas pruebas de cristianismo teórico pueden añadirse las del práctico que se encuentran á cada paso en el inmortal libro y en sus personajes. Don Quijote y Sancho no son sólo tipos de hidalgo y plebeyo castellanos creyentes, instruidos, teólogos, sino que lo son también de cristianos prácticos. Su conducta intachable bajo el punto de vista moral; su respeto y veneración á los Sacerdotes y á la Iglesia; el exacto cumplimiento de los preceptos no sólo divinos sino eclesiásticos, como acontece al llegar á la venta (1) y no hallar para comer más que

(1) Cap. II, P. I.

pescado por ser día de viernes, lo cual prueba hasta qué punto era observada la ley de la abstinencia por todas las clases de aquella sociedad; puesto que á la venta, como á nuestras más concurridas fondas, acudía todo género de personas y expresamente se mencionan, como hospedadas en ella, *mozas del partido*, sin que esta circunstancia altere la guarda del precepto, y sin que D. Quijote, no obstante su condición de caballero andante y los singulares privilegios de la caballería, hiciese la menor observación á la falta de otros manjares, pruebas prácticas son de religiosidad.

Ni es menos práctico el escudero que como buen cristiano aborrece los juramentos, y así cuando su Señor hace aquel del Marqués de Mantua, le advierte se retracte (1) «y dé al diablo tales juramentos, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia».

(1) Cap. X.

Y en otro lugar (1), al exponer Don Quijote el amor puro y desinteresado que por sus damas deben sentir los andantes caballeros, según las leyes de la caballería, el ignorante Sancho manifiesta sus conocimientos religiosos declarando con sin igual maestría el concepto del perfecto amor de caridad á sólo Dios debido, replicando: «Con esa manera de amar, he oído yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por si solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena».

Como el escándalo es uno de los pecados más graves y funestos de que debe huir todo cristiano, siguiendo la máxima del divino maestro *¡Ay del mundo por el escándalo!*, después de consignar el autor de la historia la escena de la cabeza parlante y de explicar su mecanismo, para no dar lugar á erróneas creencias, le reprueba y hace un elogio tan sustancioso como breve de la inquisición llamando á sus ministros «despiertas centinelas de nuestra fe» y dice que

(1) Cap. XXXI.

por orden suya fué destruída la cabeza, para que no escandalizase al vulgo ignorante, con lo que no sólo da idea del temor que debe producir en todo cristiano el escándalo, sino que determina el fin altísimo y saludable efecto de la inquisición, tribunal tan vilipendiado y aborrecido por los enemigos de nuestra fe como amado y respetado de los buenos cristianos.

Mas, el capítulo verdaderamente tierno y edificante por lo cristiano es el último de la obra. En él, no solamente pierde su locura Don Quijote, pasando á ser el Alonso Quijano, apellidado el bueno, por obra y gracia de la misericordia divina, como él mismo reconoce y confiesa ante su familia y amigos, que dudan de lo que ven, sino que se dispone á morir como buen cristiano, persuadido que le es llegada la hora, haciendo una contrita confesión de sus pecados, recibiendo todos los sacramentos y retractándose públicamente de sus involuntarios estravíos.

Ni vale que á ello se opongan la familia y amigos, suponiendo una nueva locura

religiosa que venía á ocupar el puesto de la caballeresca borrada, pues con sentencias tan admirables como ésta «Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense las burlas aparte, y traiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, *que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma*», les persuade de su lucidez y sano juicio.

Lección elocuentísima de cristiana moral, siempre necesaria, pero hoy más que nunca en que la religiosa indiferencia pone miedo hasta en las casas más cristianas y en las más piadosas familias en tales trances y hace que el confesor no pueda cumplir su salvadora misión, reputando no pocas veces, cual los deudos y amigos de nuestro héroe, delirio del enfermo lo que es expresión sincera del estado de su alma y gracia singularísima de Dios, pretendiendo burlarse del alma en el trance más serio y apurado.

Aunque no tuviera la obra de Cervantes otro capítulo que éste en que tan al vivo se

retratan los efectos desastrosos de las malas lecturas y de modo tan acabado se alienta á ajustar las cuentas con Dios sin miramientos de ninguna clase y aun á costa de contradecir y disgustar á los parientes y amigos, bastaría por sí sólo para merecer el título y salvoconducto de novela moral y provechosa, hoy más que en otra época, por lo mismo que el naturalismo ateo, imperante en todas partes, lleva á sus protagonistas al sepulcro en formas harto impías, sin acordarse para nada de Dios, ni de arrepentirse de sus crímenes, ni de confesar sus pecados, ni de reparar el escándalo producido, sino más bien rodeados de ellos como de aureola que corona una frente abyecta y criminal, panegirizando así los mayores excesos y divinizando los más execrables vicios.

No basta conocer lo mal que se ha obrado, los escándalos que se han dado, y los extravíos de que uno se ha dejado dominar, sino que, si el arrepentimiento ha de ser sincero y práctico, es preciso deshacer, en cuanto posible sea, tales yerros, enderezar

esos entuertos y reparar los daños ocasionados. Esto hace el cristiano práctico y esto realizó Don Quijote, á quien en sus últimos instantes tanto torturaban la conciencia sus pasados desvaríos. No le bastó, en efecto, declarar solemnemente ante el ama, la sobrina, el cura y el bachiller, que cuanto había hecho había sido incalificable locura, sino que en su testamento consigna esta preciosa cláusula: «Item es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe que cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguase que lo sabe y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado... Item suplico á los dichos señores mis albaaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber

escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrupulo de haberle dado motivo para escribirlos».

Tales partes debe tener siempre el verdadero arrepentimiento, que no es tal si no restituye lo quitado, tanto de fama como de hacienda, ni repara el escándalo producido con escritos, discursos, ejemplos; gravísimo defecto, por el que muchas almas se condenarán irremisiblemente, pues habiendo recibido luces celestes para conocer sus faltas pasadas y teniendo tiempo de arrepentirse de ellas por falta de valor y exceso de miramientos humanos y amor propio, quedan á la mitad del camino, sin llegar al fin.

Finalmente presenta en Don Diego de Miranda el tipo del caballero cristiano sin mojigaterías ni extremos, solidamente piadoso, honrado, amante de los suyos y protector de los desvalidos, poniendo en su boca su propio panegírico en estas palabras (1). «Yo señor caballero de la Triste figura, soy

(1) P. 2.^a, cap. XVI.

un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sinó algún perdigón manso ó algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín, de historia algunos, y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto mis bienes con los pobres, sin hacer

alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor». Tan excelente es este tipo de caballero noble y cristiano, que Sancho no pudo menos de admirarse y juzgando tal vida buena y santa «se arrojó del rucio y con gran priesa le fué á asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas le besó los pies una y muchas veces... porque me parece vuesa merced el primer santo á la jineta que he visto en todos los días de mi vida». Tal es la fuerza de la virtud que atrae hacia si, cual poderoso imán, los sencillos corazones á venerarla.

CAPÍTULO IV

IMPORTANTES LECCIONES MORALES
QUE SE ENCUENTRAN EN EL QUIJOTE
PARA LA ELECCIÓN DE ESTADO

Es indiscutible, por más que parezca una lección de mística, rechazada por el naturalismo contemporáneo, que la felicidad del hombre en esta y en la otra vida depende en gran parte de la buena ó mala elección de estado.

De aquí la importancia que la moral católica concede á este acto trascendental de la vida, al punto de requerir el más concienzudo y desapasionado examen, la más

absoluta libertad, que no concede puedan coartar en lo más mínimo ninguna circunstancia ni siquiera la autoridad paterna, siempre digna de subordinación y respeto, pero en esta materia desatendible sin cometer pecado de desobediencia.

Ideas, que indudablemente se propuso grabar profundamente en el alma de sus lectores el inmortal Cervantes al presentar, en forma tan sugestiva como amena, diversos casos que confirman el influjo divino en la elección de estado, aprovechando cuantas ocasiones se le presentan para insistir en este punto.

Primeramente la historia de Marcela (1) y la muerte de su enamorado Crisóstomo muestran bien á las claras que ni la hermosura, ni las riquezas, ni la posición, ni los consejos y deseos de los padres ó tutores, son conductos por donde viene la vocación al matrimonio; pues reuniendo todo esto Marcela se resiste al santo vínculo, no siente inclinación alguna á este estado, y prefiere

(1) P. I, cap. XII y siguientes.

vivir libre y alejada del mundo. Determinación que respeta el venerable Sacerdote con quien se criara, no obstante ser contraria á sus deseos y modo de pensar, bien persuadido de que *no habían de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad*, y que era contra la inclinación de Marcela, como expresamente lo declara en aquel admirable discurso con que defendió su inculpabilidad en la muerte de Crisóstomo, diciendo: «El cielo, aun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección es excusado».

Es además elocuente recriminación de los que se enamoran locamente y se empeñan en ser correspondidos, dejándose vencer de la pasión que les trastorna y mata, sin que logren su intento, haciéndoles víctimas, más su insensatez y locura, que los desprecios y desaires. Con lo cual enseña cuán á raya deben tenerse las pasiones, y cómo la razón debe imperar y dirigir los afectos huyendo del fuego para no quemarse y de la afilada espada para no herirse sin

pretender jugar constantemente con ambas cosas y salir ileso.

Los peligros, disgustos y sinsabores que traen las bodas desiguales y en las que los padres, contrariando la voluntad de los hijos y fijos tan sólo los ojos en la excelente posición ó abundantes riquezas, les inducen á que ahoguen el amor espontáneo, repriman su natural inclinación y sigan sus consejos, se exponen, con inimitable maestría, en las historias de Cardenio y Dorotea, de Basilio y Quiteria, llenas de interesantísimos incidentes y en las que al fin triunfa el verdadero amor de toda violencia. Pero donde más resalta la importancia y trascendencia que tiene para la felicidad de los casados la igualdad de condición de los contrayentes, y cuán fuera del recto pensar se hallan los padres que se empeñan alterar la posición de sus hijos por medio del matrimonio, es en el graciosísimo diálogo que se entabla entre Sancho y su mujer, antes de la tercera salida de Don Quijote, sobre la boda de Sanchica, á la que su padre, juzgándose ya Gobernador de su soñada ínsula,

quiere unir con un conde ó noble caballero, propósitos que rechaza Teresa, como absurdos, descabellados y altamente perjudiciales, empleando para ello razones tan cuerdas y atinadas, que bien merecen recordarse para perpetua lección de padres locos y soñadores.

A las palabras de Sancho (1): «A buena fé, que si Dios me lleva á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla Señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa; casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceno averdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un *tu* á una *doñatal* y señoría, no se ha de hallar la mocha y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela, basta y grosera».

Y tan persuadida se muestra que á la insistencia de Sancho, para quien, como

(1) P. II, cap. V.

acontece á todos los que caen en este extremo, ya padres ya los mismos novios, semejantes reparos serán pueriles, importando tan sólo el subir y «sea ella señoría y venga lo que viniere» como dice Sancho, replica: «Medios, Sancho, con vuestro estado, no os queráis alzar á mayores, y advertid el refrán que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra hija María con un condazo ó un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva llamándola villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija; traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lópe Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y se que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora

en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda... ¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición; vos haced lo que quisiérades, ora la hagais duquesa ó princesa; pero seos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entornos sin fundamento».

No cabe lección más viva y penetrante acerca de la importancia que tiene atender á la igualdad de condición para concertar las bodas. La oposición de Teresa, que ni se ilusiona ni se ofusca por los sueños de su marido en relación con el porvenir de su hija, y los razonamientos en que la apoya son tan convincentes, que no necesitan comentarios.

¡En cuántos matrimonios, en efecto, no se altera la paz y se siembra la discordia por las diferencias de posición, de educación y de dinero! Diferencias que de tal modo desequilibran el fiel de la balanza

matrimonial, que, á la corta ó á la larga, por disparidad de gustos y aficiones aun en las cosas más triviales y comunes, por faltas cometidas en el trato social, por el distinto criterio en la apreciación de los hechos, por pujilatos sobre la familia, causan gravísimos trastornos.

Tan sublime lección no se concreta á los casados, antes tiene también aplicación á todos los que por cualquier motivo se alucinan con el brillo de una esfera ó posición superior á la que demandan su origen y educación, sufriendo no escasos ni menguados sinsabores, devorando grandes amarguras, que seguramente no padecerían, si atendiendo á los sabios consejos de Teresa, estuviesen contentos con su suerte, limitándose á vivir en el medio en que la providencia les colocó; proceder que les evitaría hacer muchas veces el ridículo y servir de irrisión á los que presencian sus exhibiciones. Vicio, que si siempre ha tenido gran número de adeptos, se halla extraordinariamente extendido en nuestra época, en la que el afán de sobresalir cada cual de la

esfera en que sus comienzos le colocaron, constituye la nota característica de una sociedad en que nadie se contenta con mantenerse dentro de los modestos límites que su cuna y educación le trazaron, arrastrando á muchos individuos y familias á situaciones tan tristes y precarias, que les ponen al borde del abismo; á las que jamás hubieran llegado si atentos á su estado y amantes de él no hubieran pretendido volar á regiones para cuya vida carecían de los necesarios elementos.

La discreción y prudencia que deben guardar los esposos con sus esposas, no exponiéndolas voluntariamente y con necia temeridad á los peligros que el trato demasiado íntimo y frecuente con personas de otro sexo suele acarrear, encarécese en la bellísima narración y singular novela del curioso impertinente (1), donde Cervantes derrocha su extraordinario ingenio, pintando con mano maestra las graves consecuencias de la excesiva confianza de Anselmo

(1) P. I, cap. XXXIII y XXXIV.

en su amigo Lotario, y las imprudencias de aquél sometiendo á prueba la fidelidad de Camila; virtud que será tanto más firme y duradera cuanto más lejos se halle de los peligros y enemigos que la combatan, debiendo el esposo procurar que así suceda, bien como efecto natural de la misma confianza en el cumplimiento de lo que constituye una estrecha y sagrada obligación, el guardarse mutuamente los esposos uno para otro.

Por tan peregrino modo advierte el inmortal autor de la historia que es peligrosísimo jugar con fuego, si no se quieren sufrir los intensos dolores que producen las quemaduras, que pueden recibirse por cualquier descuido, sin la menor intención y hasta con contrario propósito.

Por si acaso tales consejos para la elección de esposo ó esposa pareciesen poco concretos, al tratar de los amores de Basilio y Quiteria (1) traza con los más vivos colores el cuadro de las condiciones que

(1) P. II, cap. XXII.

deben adornar á la mujer de humilde posición, que haya de hacer la felicidad de su marido, dando á éste la norma de conducta que debe seguir si quiere conservar las bellas cualidades de la esposa que eligió, en estas palabras: «Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinión fué de no sé qué sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya y así viviría contento.

Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atrevería á dar consejo al que me lo pidiere del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiere casar. Lo primero le aconsejaría que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, facil cosa sería conservarla

y aun mejorarla en aquella bondad, pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso».

Y para que no se diga que circunscribe sus consejos á la mujer pobre y de humilde condición, en el coloquio con los Duques (1), al exponer las dotes y excelencias de su Dulcinea, princesa entre las princesas, dama linajuda y perfecta, cual convenía ser la de caballero andante tan distinguido como el de la triste figura, la describe de este modo: «Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección

(1) P. II, cap. XXXII.

que en las hermosuras humildemente nacidas». Y á las objeciones del Duque de que no podría aún así compararse con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras de este jaez, de quien están llenas las historias de caballerías, repone: «A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende».

¿Quién duda que si tales y tan sabios consejos se grabasen profundamente en las inteligencias ni serían de temer los extravíos á que, con frecuencia harto lamentable, conducen los infundados celos, que convierten la que debe ser morada de paz en perpetuo campo de Agramante, ni la desigualdad en los enlaces á causa del loco deseo de engrandecerse en riquezas y honores, ó

el dejarse arrastrar por sólo la hermosura física, que con tanta facilidad como la fragancia y lozanía de una flor se marchita y desaparece á impulso de la causa más inesperada, todo lo cual produce tan graves trastornos en las familias que con frecuencia llega á romper hasta el nudo santo matrimonial con evidente perjuicio de esposos é hijos?

Cuando el afán de los novelistas contemporáneos al ocuparse del amor ha hecho de la unión matrimonial el obligado término de toda novela; cuando la utilidad, el deseo de conservar el lujo y el tren, la pasión por las formas plásticas, son los móviles de que á diario se sirve la novela naturalista contemporánea para inducir á sus personajes al amor, infiltrando en la juventud tan perniciosas ideas, prescindiendo por completo de la hermosura moral, que permanece y es lo único duradero, es por demás provechosa una lección de esta índole y altamente moral la obra en que se inculca.

Y cual si para combatir la terrible enfermedad de los celos no fuera bastante lo

dicho, presenta como habilísimo médico el fin desastroso á que conducen en el relato de Claudia, requebrada, enamorada y chasqueada de Vicente, á quien de tal modo exalta la conducta de éste pretendiendo casarse con otra, que sin atender á su condición de mujer, ni recapacitar las funestas consecuencias, que á ella misma podrían seguirse, se disfraza y da muerte á su amante. Que á éste y semejantes excesos conduce no pocas veces la locura de los celos, habiendo más de una Claudia y no pocos varones que la imitan, no comprendiendo que es tiranía incalificable el empeñarse ha de participar de su amor y corresponder á él quien no siente tales entusiasmos, sin reflexionar sería mil veces peor que accediese obligado y constreñido por una palabra, lanzada quizás en el arrebató irreflexivo de una pasión, no siendo la sincera manifestación de los sentimientos de su alma, lo que produciría la continua habitación de dos seres, que debiendo fundirse en uno sólo por el amor, son antagónicos, por faltar esa mútua corriente, haciendo de la vida un

horrible y perpétuo infierno. O bien como en otros casos acontece, sin otro fundamento que un estrabismo, hijo de infundadas y maliciosas sospechas, que todo lo hace ver al revés y con el negro cristal de la infidelidad, convirtiendo en implacable verdugo é indomable fiera al que tiene la desgracia de padecerles, y en víctima inocente y digna de toda compasión á la que es de ellos objeto, llegando en su desvarío á cometer los horrendos crímenes que á diario registra la negra crónica de los sucesos contemporáneos. Y todo por no reflexionar y dejarse arrastrar á ejemplo de Claudia por visiones tan irracionales como exageradas.

CAPÍTULO V

PUREZA DE SENTIMIENTOS QUE BRILLAN

EN EL QUIJOTE

LA flor más delicada del jardín de las virtudes es á no dudarlo la pureza. Tal vez por esta su condición la mayor parte de las plumas que la tocan, la marchitan y afean, y apenas hay escritor que pueda vanagloriarse de presentarla en sus personajes con la nitidez é integridad que deben rodearla, como sus más esenciales propiedades.

De aquí la suprema dificultad del novelista, cuyo espíritu no se halla saturado de la moral más austera y exquisito tacto, para

presentar personajes que se aman, sin que el hálito de la impureza manche sus coloquios más íntimos y amorosos, sus pensamientos más recónditos y sus más firmes propósitos; y consecuentemente la facilidad de caer en el más grosero naturalismo sensualista, que impide, por prescripción del más elemental derecho natural, ya que no por otras leyes no menos venerandas, que sus libros anden en manos de la juventud y aun de la edad madura.

No obstante las dificultades apuntadas, que son pocos los que sortean, el insigne manco de Lepanto se ha dado maña en esta su principal obra para hacer intervenir tantos personajes de todo sexo, clase y condición, salpicarla de tan interesantes historias y tratar tan frecuentemente de amoríos, sin que pueda merecer el duro calificativo de novela sensualista, y antes por el contrario resulta también moral bajo este aspecto. Y si tiene algunos lunares, de que nos ocuparemos en su lugar, á que le conduce las condiciones de la narración, bien puede asegurarse que son como sombras que dan vida

al cuadro ó como ejemplos que deben huirse, y á este fin se hallan presentados para hacer más patente la fealdad y bajeza de un vicio del que todos deben procurar que ni la más leve parte les toque; pero sobre todo los jóvenes de uno y otro sexo.

Comenzando por Don Quijote, cuyos amores por Dulcinea le han enloquecido, siendo su constante pensamiento y preocupación, teniendo siempre fijos en ella los ojos y no apartándose ni un momento su figura de su imaginación, nada se hallará en ellos que ni de cerca ni de lejos huela á sensualidad. Es el enamorado más enamorado, pero con el amor más puro que puede imaginarse. Ni una frase, ni una palabra que revele que en su desequilibrado cerebro se levanta la figura de su amada sin hallarse cubierta con el riquísimo ropaje de la honestidad. Bien claro lo confiesa el mismo ingenioso hidalgo, cuando trata de enviar á Sancho con la célebre epístola á exponer á la señora de sus pensamientos las amarguras que devoraban su herido corazón, manifestando que su amor por Dulcinea fué

siempre platónico (1), «*sin extenderse á más que á un honesto mirar*, y esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que la quiero más que á la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba».

En la carta, acabado modelo de fogosa manifestación de amor expresado con frases tan hermosas como la de «*amada enemiga mía*», no hay una sola que merezca no ya vituperio pero ni el más leve reproche. Así aparece siempre y en cuantas ocasiones habla de su Dulcinea ó de sus locos amores; ora describa su figura física y moral, ora prorrumpe en exclamaciones de amor, ora lance los más sentidos ayes por verse privado del placer inmenso de ver á la hermosura más grande de la tierra; ora, en fin, trasparente sus más recónditos y constantes pensamientos siempre fijos en su amada, el más fino escalpelo de la moral más rigorista,

(1) P. I, cap. XXV.

no descubrirá concepto ni palabra, idea ni vocablo, que puedan escandalizar á los oídos más castos, ó por su doble sentido hacer pensar mal á los maliciosos.

De tal modo se propuso el gran Cervantes hacer resaltar en la figura más saliente de su *Ingenioso hidalgo* este carácter de singular castidad, sin duda por lo mismo que en los malhadados libros de caballerías que se proponía fustigar tan sin piedad como gallardamente, los caballeros y sus damas eran con frecuencia una sentina de vicios, y sus amores llamaradas del fuego más sensual y grosero, que ni siquiera admite este vicio en los tales caballeros andantes y defiende con la mayor energía las vituperables acciones que se les achacan, ó explica con gran caridad los defectos que se les atribuyen. Así acontece entre otros casos cuando refuta los poco castos amores de la princesa Madasima con el famoso médico Etiphat, y así ingenuamente declara que lo hicieron todos los caballeros andantes al decir á Sancho (1): «¿Piensas tu que las Amarilis, las Filis, las Silvias,

las Dianas, las Galateas, las Filidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellas que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo».

Y lo notable es que no se contenta Cervantes con hacer de Don Quijote el prototipo del caballero más enloquecido de amor, pero más casto y más honesto que imaginarse puede en lo que se refiere á pensar y hablar de su Dulcinea, como para probar cuán posible es un amor cuya intensidad llegue á los dinteles ó quizás penetre en el palacio de la locura, cual el de Don Quijote, pero puro, honesto, casto, sin las groserías sensuales que hacen del amor humano un amor de bestia.

Para confirmar esta singularidad de su héroe, no sólo le presenta tan fiel á su amada, que cual inmovible roca granítica

resiste los embates y sacudidas de las furiosas olas de la tentación, así de la descocada y libertina Maritornes en la venta, como de la dueña Doña Rodríguez y hasta de la provocadora y atrevida Altisidora en el palacio de los Duques, siendo modelos de honestidad práctica y superior recato multitud de pasajes de nuestro libro, pero sobre todo aquel en que hallándose en el palacio de los Duques apenas Sancho hubo marchado al gobierno de su ínsula, tan triste y melancólico que deseara quitar el gobierno á Sancho, apercibidos de ello los Duques y temiendo que la causa fuere el verse privado de su servidor y escudero, ofrecieronle cuatro doncellas, hermosas como unas flores, que le sirvieran dentro del aposento, no obstante haber dicho Don Quijote que le permitiesen que en tal lugar él solo se sirviese; á lo que respondió (1): «Para mí, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca,

(1) P. II, cap. XLIV.

como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude». Lo cual debió decir Don Quijote con tal energía y demostrando tan firme resolución, por sentir se le tocaba á lo más vivo, que la Duquesa se vió obligada á replicar: «No más, no más, señor Don Quijote, por mi digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mi se ha de descabalar la decencia del señor Don Quijote, que según se me ha traducido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuestra merced y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien se lo impida, pues dentro de su

apuesto hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero». Hermoso sobre toda ponderación, es el párrafo en que, después de oír Don Quijote el canto de Altisidora en el que se lanzaban al corazón de Don Quijote tantas flechas de amor cuantas estrofas le componían, lanza esta exclamación tan llena de fidelidad y puro amor por Dulcinea como de desprecio á todas las demás que ella no fuesen (1). «Mirad cater-va enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar; para mí, sólo Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda, y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo:

llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearón en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra».

Admirable es también el recato con que recibe á la dueña doña Rodríguez, y de gran provecho moral el discurso y pensamientos sobre aquella aventura, mientras esperaba de nuevo á la dueña. «Parecíale mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¡quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas, ni condesas?, que yo he oído decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña; ¡y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado?»

Y después de exponer por tan graciosa manera el estado del espíritu combatido por tentaciones de este género, á las que aprovecha no poco para su victoria la soledad y el silencio, consigna en la siguiente frase, tan breve y compendiosa como profunda, la única manera de vencer tales peligros enseñada por los místicos y cuantos conocedores de la humana flaqueza atienden á curar sus morales dolencias: «*y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla.*»

A esta sentencia, que parece consignada por uno de los más autorizados y graves doctores de moral cristiana y que como acredita la experiencia es ciertamente el único medio de vencer al enemigo de la lascivia, sigue no sólo el persuadirse de que no era objeto capaz ni digno de excitar sus deseos una dueña *toquiblanca, larga y antojuna*, sino el acto de ejecutar inmediatamente el consejo único salvador, «arrojándose al efecto del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodríguez», y aunque no lo logró por hallarse con la dueña que volvía, no permitió

pasase sin hacerla ver el peligro que su honestidad podía correr de hallarse á solas con ella en una estancia cerrada y de noche, reclamando seguridad de no ser tentado ni acometido ni forzado, y sólo cuando la tuvo volvióse al lecho acurrucándose y cubriéndose todo sin dejar descubierto más que el rostro, y sentándose doña Rodríguez en la silla, algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos ni la vela.

Esta misma honesta conducta de su amo sigue el gracioso escudero, personaje segundo de esta sin par historia, en el que derramó Cervantes toda la sal de su peregrino ingenio y toda la gracia y donaire que le hace, sinó tan saliente y principal, no pocas veces más interesante que su señor, y en el que resplandece la virtud de la castidad, tan limpia y hermosa como en Don Quijote, sin que haya una frase, ni un acto que revele la más ligera sombra de infidelidad á su Teresa, ni que jamás ponga en otra alguna sus pensamientos, como admirablemente lo declara tratando con su amo acerca de la resolución de hacerse pastor y

seguir la vida del campo, después de su famosa derrota en Barcelona (cap. 67).

Efectivamente; siguiendo á su amo en los estrambóticos nombres que habían de llevar cuantos á ellos quisieran asociarse y los de las pastoras de quienes habían de ser amantes: «No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos, *vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas.*

Cuán hermosa flor sea la honestidad en las doncellas y cómo es el mejor atavío de su sér y la joya más rica, por cuya conservación no deben perdonar medio ni escatimar sacrificio, aunque sea á costa de la misma vida, lo pregonan la historia de Marcela y la exhortación que dirigió á todos los que acababan de enterrar el cadáver del enamorado Crisóstomo, demostrando cuán irracionalmente se la culpaba de esta muerte; historia en la que se hallan estas palabras muy

dignas de que las jóvenes las mediten: «Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermo-sean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquél que por sólo su gusto, con todas sus fuerzas é industrias, procura que las pierda? Yo nací libre y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos».

Magnífica lección para tantos sensualistas Jeremías de la belleza como hoy se levantan contra las que siendo hermosas y no sintiendo inclinación alguna al matrimonio huyen, cual Marcela, en uso de su libertad y para gozar más de ella, á la soledad y retiro del claustro para así mejor conservar su hermosura física y moral, y á las que, contraviniendo á todas las leyes de la naturaleza y en abierta oposición con las doctrinas de libertad que pregonan, se empeñan en casar contra su voluntad é inclinación, obrando tan insensatamente como el Crisóstomo de esta historia.

El valor que debe demostrarse para repeler todo ataque á esta virtud, se pregoná

en el empleado por la discreta Dorotea con el criado que la acompañaba por lo espeso de la montaña, y con el amo á quien sirvió de zagal fingido, derrumbandó por un despeñadero al primero y huyendo de la compañía del segundo tan luego apreció sus pecaminosos intentos.

Mas el párrafo por excelencia moral acerca de esta virtud y en el que se contiene una importantísima lección para las doncellas, indicándolas cual es el origen de donde pueden venir las tentaciones contra la virtud de la castidad y por consiguiente el medio seguro y eficaz de evitarlas, ya que antes expuso el de vencerlas, es aquel en que al despedirse de los Duques, después de su segunda estancia en el Palacio, ya vencido, contesta á la pregunta de la Duquesa, *si quedaba en su gracia Altisidora*, con estas palabras: «Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno, y pues ella las debe de saber hacer, no las

deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginación la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo. Y el mío, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida ramera que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mí oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos». Y quién duda, como dice el axioma que *«la ociosidad es madre de todos los vicios y el trabajo engendra todas las virtudes?»* Si se trastornan muchos cerebros juveniles, si el alado niño flecha muchos corazones y enloquece muchas inteligencias y cautiva tantas voluntades, cuyos sujetos ya no tienen otro pensamiento ni saben hacer otra cosa, es porque el trabajo, sobre todo en la mujer joven de cierta posición, va siendo ejercicio degradante, propio sólo de pecheros y villanos, y como el estar mano sobre mano, la

lectura frívola ó picante, la música ó la pintura, la frecuente visita, la diaria reunión y el imprescindible paseo no distraen la fogosa imaginación de la mujer joven y bella, la exponen á complacerse demasiado en sí misma y entregarse á amoríos que interesan su tierno corazón y sirven de pábulo á sentimientos poco honestos.

La continúa ocupación, que evita estos males, no impide ni mucho menos que las jóvenes, en edad competente, entablen las relaciones honestas que preceden al matrimonio, antes bien, las regulan y ordenan impidiendo la pérdida de un tiempo precioso y evitando, por consiguiente, tantos disgustos y sinsabores, que suelen ser la inevitable consecuencia de las relaciones amorosas de las personas desocupadas, teniendo además la ventaja inmensa de hacer á la futura esposa mujer de su casa y laboriosa por el hábito adquirido en la juventud.

No desconocemos que, á primera vista parecen no sólo muy distantes sino abiertamente opuestas á la honestidad las narraciones de los amores de Don Fernando con

Dorotea y Luscinda y la novela del curioso impertinente; pero, si bien es cierto que en ellas no queda bien parada la honestidad de los personajes que en ellas hace intervenir Cervantes, no lo es menos que la misma caída que refiere puede servir de gran preservativo y provechosa lección para no dejarse engañar por palabras y demostraciones amorosas, ni por fingidas lágrimas y falsos juramentos y promesas, en cuyo concepto tienen un fin tan moral como el contrario camino de panegirizar la virtud.

Modo de proceder muy conforme no sólo con la naturaleza sino hasta con la misma religión, que nos estimula á evitar el pecado y practicar la virtud, no solamente con el ejemplo de los Santos que así obraron, sino con el de los condenados, cuyo estado tristísimo debe ser reprensión vivísima y terror que nos contenga de todo exceso.

Esto y no otra cosa parece se propuso Cervantes con tales historias, como lo comprueba el arrepentimiento y remordimiento que se apodera de los que, vencidos por la pasión, se dejan arrastrar al lodazal del

deshonor, y el término y desenlace hermosísimo y hasta conmovedor de tales escenas uniéndose cada cual con quien debía.

Mas como quiera que más eficazmente se presentan todos los ardidés y diabólicas mañas de que se vale el demonio de la pasión sensual para avasallar á sus víctimas pintando el cuadro de una caída que el de una victoria, cual maestro consumado, emplea todos los colores y usa de todos los tonos, con tal delicadeza y pulcritud, que les da á conocer para que no sorprendan, pero sin que la forma de hacerlo cause las náuseas que suelen acompañar á esas novelas sensualistas, cuyo fin, en lugar de ser como el de Cervantes hacer aborrecible el vicio á causa de su fealdad y funestas consecuencias, precaviendo á las almas inocentes contra los ardidés y malas artes de que se vale el enemigo, es por el contrario una constante excitación y una escuela para aprender los medios de cautivar vírgenes corazones.

Con sumo acierto y oportunidad patentiza en las narraciones, historias ó novelas de que nos ocupamos, lo peligrosa que es la

excesiva confianza en los criados, y cuán funesto hacerles arca de secretos que jamás debieran conocer, circunstancia que muy al revés de obligarles á ser circunspectos, respetuosos y reservados, para encubrir las faltas que notaren en sus amos, les engríe y coloca por encima de ellos, al extremo de tener una salvaguardia para obrar tan bajamente y con tanta deslealtad como las doncellas de Dorotea y de Camila.

¿Qué doncella, que se estime en algo, al leer la historia de Dorotea y ver su debilidad y el comportamiento de Don Fernando, no tendrá presente esta imagen para saber huir y no atender á requerimientos, promesas, juramentos y lágrimas, más hijas de la pasión que del amor, y que una vez satisfecha aquélla desaparecen, no sin dejar impresas las huellas de la deshonra y del más negro y tardío remordimiento?

Efecto moral estimabilísimo, que indudablemente producen estas narraciones, que parecen ser las más opuestas á la honestidad que buscamos y hallamos en este inmortal libro.

No se nos ocultan otros pasajes, bien pocos por cierto, en que aparece lo contrario, pero tienen su explicación y disculpa en que se trata de una novela de costumbres, en la que precisamente se propuso Cervantes retratar al vivo las de todas las clases sociales, señalando sus defectos para corregirles, y también amontonando en derredor de sus héroes principales, caballero y escudero, toda suerte de situaciones tentadoras y difíciles, haciéndoles salir de ellas victoriosos, para demostrar con mayor eficacia la acrisolada castidad que en ellos resplandece.

Así la intervención de las *mozas del partido*, que se hallaban en la venta y ayudan á armar caballero á Don Quijote, y la escena de Maritornes y el arriero, son de un realismo un poco subido, pero necesario para dar idea de lo que eran las ventas antiguas, y deducir con cuánta precaución debía irse á ellas. Modo de ser y obrar que desgraciadamente tiene no poca aplicación á muchos de nuestros lujosos hoteles y fondas, en los que no es raro hallar mozas de

partido y Maritornes, capaces de comprometer á caballeros y escuderos, cuya virtud no esté tan arraigada y firme como la de Don Quijote y Sancho, quienes, no obstante hallarse entre las primeras y comprometidos por la segunda, supieron resistir con el valor del hombre virtuoso y honesto.

Considerados estos pasajes bajo este punto de vista, ¿quién negará que aun ellos encierran una gran enseñanza moral y contribuyen no poco á hacer resaltar la honestidad de las figuras de Don Quijote y Sancho?

CAPÍTULO VI

MORALIDAD DE LAS REGLAS

PARA GOBERNAR BIEN

ENTRE todos los estados en que puede hallarse el hombre en esta vida, ninguno más difícil que el de tener y ejercer autoridad, y sin embargo ninguno hay más apetecido y quizás, por estas dos contrapuestas razones, el estado de gobernante en cualquier esfera es de ordinario el peor desempeñado. Muchos son los que aspiran á tener autoridad sobre sus semejantes y no pocos los que la tienen; pero, ¿cuántos son los que la ejercen bien?

Santo Tomás en su Opúsculo *De eruditione principium* (1), con la claridad de

(1) Opusc. XX.

argumentación y pasmosa erudición que le es peculiar, demuestra que toda potestad debe ser objeto de temor y zozobra más bien que de deseo y alegría; primero, porque no es natural al hombre dominar á sus semejantes, pues sólo se le dió poder sobre los seres inferiores de la creación: *et praesit piscibus maris, et volucris coeli, et bestiis terrae*, siendo todos iguales por naturaleza; segundo, porque el poder es una facultad cuyo ejercicio depende de los súbditos, pues si en estos no hay obediencia en vano se tiene poder; incluyendo además otros muchos inconvenientes que deben hacer del poder una pesada carga.

De aquí la dificultad de ejercerle bien y la necesidad de sapientísimas reglas que marquen la dirección de los movimientos del que gobierna, para que sean ordenados al bien común de la sociedad y no al propio del gobernante, trastocando así el orden que debe regir en estos elementos sociales.

Tan persuadido debía estar de esto Cervantes y tan necesario juzgaba en su época

poner remedio á los desmanes de la autoridad que quiso estampar en su inmortal obra las principales condiciones que deben adornar á los gobernantes, y para ello nada más adecuado á su propósito y conforme con su plan que hacer á Sancho gobernador y constituir á su amo en maestro de la más alta moral política dándole consejos á los que acomodase su gobierno.

Si atentamente se consideran estos consejos y se comparan con los que el Doctor Angélico consigna en el citado libro, no parece sino que el príncipe de los ingenios les conocía perfectamente y quiso repetirles por boca de su andante caballero (1). Las mismas materias y casi con el mismo orden se tratan en uno y otro, y si en los primeros se hallan

(1) No ignoramos la autorizada opinión del Sr. Menéndez Pelayo, (*Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, cap. IV, pág. 159) que cree ver el modelo de estos consejos en los que Juan de Valdés, pone en boca del rey de su *Mercurio y Carón*, quien, ya próximo á la muerte, les da sapientísimos á su hijo, por la semejanza que existe entre ellos, aun reconociendo que ni unos ni otros traspasan los límites del vulgar y recto juicio y muchos de ellos proceden de filósofos y moralistas antiguos paganos y cristianos.

contestes todos los filósofos y moralistas en encomiar su profundidad y moralidad, ¿qué habrá de decirse de los segundos, que son un fiel trasunto?; por eso creemos que no hay manera mejor de exponer y ensalzar esta obra de Cervantes, bajo el punto de vista moral, que acudir al Doctor de Aquino.

Primero trata don Quijote de persuadir á Sancho de la verdad antes expuesta, que sirve de base y sólido cimiento al edificio del poder, ó sea que el hombre no le tiene por sus merecimientos y por naturaleza sino que viene de Dios, de quien radicalmente trae origen toda potestad, en estas palabras: «Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas»..... llama al gobierno mar proceloso: «que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones».

Acto seguido, desempeñando para con su afortunado escudero el oficio de Mentor, dale el primer consejo en estas palabras: «Primeramente, oh hijo, has de temer á

Dios; porque en temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada».

Según este primer consejo lo primero y principal que ha de tener el que gobierna es sabiduría, la cual no puede poseerse sin temor de Dios, Rey de Reyes y Señor de los que dominan, por quien reinan los Reyes y establecen lo justo los que legislan.

Esta es exactamente la primera cualidad que Santo Tomás quiere posea el que tiene potestad terrena, la sabiduría. El capítulo II de su aureo libro se enuncia con este epígrafe: *Quod habenti potestatem terrenam necessaria sit sapientia*. La razón principal que dá el Santo para probar su aserto es; para que use bien de la potestad; pues, á la manera que un inexperto en el manejo de una espada lo mismo puede herir á sí que á otros sin motivo ni razón, así el que tiene la espada de la autoridad, si es necio sin sabiduría, herirá á quien no debe ó cuando no debe. Ni más ni menos que la que usa Cervantes con otras palabras.

Precioso y fundamental introito sin el cual no se concibe cómo pueda gobernar el

que, sin temor de Dios y sin sabiduría, se sienta en alto para dirigir á los demás, resolver cuestiones, sentenciar litigios, castigar faltas, corregir abusos, en una palabra, ordenar voluntades al bien, lo que no puede hacerse sin temor de Dios y sin sabiduría. El gran defecto de muchos que gobiernan se halla en la ausencia de tales prendas y así sus gobiernos son arbitrarios y llenos de errores.

«Lo segundo, continúa don Quijote, has de poner los ojos en quien eres procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra». Y para que Sancho no tuviese duda de lo que quería inculcarle con tales palabras, se lo aclaró diciendo: «Haz gala, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte, y preciate

más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran. Mira: si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le desheches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con eso satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada».

Santo Tomás, en el capítulo III, trata de que al que tiene potestad y sabiduría le es necesaria la bondad; en el IV, de los errores que existen acerca de la nobleza; en el V, en qué consiste la verdadera nobleza;

y en el VI, que los príncipes deben evitar la soberbia y amar la humildad.

Esta simple enunciación de las materias que trata el Santo en los citados capítulos basta á persuadirse de la armonía existente entre ellos y los consejos citados de don Quijote, no sólo en cuanto al orden sino con respecto á la materia.

Después de refutar el Angélico los errores de los que creen que la nobleza verdadera se halla en el cuerpo según que sea más ó menos hermoso, ó en la de sus antepasados, ó en descender de noble linaje, establece que la verdadera y única nobleza está en la virtud y así dice que aquel príncipe es noble, que aborrece toda torpeza, inclinado á hacer el bien, liberal y espléndido en la distribución de sus bienes, clemente y piadoso para los súbditos, severo con los rebeldes, despreciador de cosas pequeñas, emprendedor de cosas grandes, acometedor de empresas difíciles y varonil en superar los obstáculos que se opongan á su consecución.

Que el príncipe, y consecuentemente el que gobierna, debe amar la bondad y huir la

vanidad, los deleites carnales, las riquezas y la vana alabanza y gloria, lo demuestra el Angélico en sus capítulos VII y siguientes, siendo esto lo mismo que pretende inculcar don Quijote á Sancho al aconsejarle: «Si trujeres á mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enseña, doctrinala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta».

«Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y de capilla de tu no quíero; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiera hecho cargo en la vida».

Estimabilísimas sentencias, que no sólo persuaden de la vida honesta que debe llevar todo gobernante, procurando estar

unido á su mujer, sino que advierten cuanto importa que ella atienda á no menoscabar la dignidad y posición de su marido con su conducta, y esté alejada de los asuntos del gobierno sin inmiscuirse en ellos y sin que sea el peso que hunda al esposo en el abismo del rebajamiento y de la injusticia, influyendo en su ánimo para la resolución de los asuntos y atrayéndole gravísimas responsabilidades ante Dios y ante su conciencia.

Lección por demás importante para muchos hombres constituídos en autoridad, á quienes arrastra la mujer á realizar actos á que de suyo no son inclinados, y no menos provechosa para las mujeres que, extralimitándose de su misión y poco celosas del honor de su esposo, se empeñan en ser ellas las que tengan las riendas del gobierno sin atender á los graves perjuicios que este trastorno de papeles suele acarrear.

En los siguientes consejos no se cansa Don Quijote en predicar á Sancho el amor á la verdad y á la justicia, la compasión con el delincuente y la piedad para con el caído, virtudes harmónicas entre sí y en

extremo compatibles: «Nunca, dice, te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y aún de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oídos de sus gemidos y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muestratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia».

Estas mismas virtudes y casi con las mismas razones recomienda Santo Tomás al príncipe enseñándole que debe huir de la mentira, amar la verdad y la justicia, ser inclinado á la clemencia y á la piedad, á ejemplo de Dios que es clemente y misericordioso.

Con gran sentido filosófico, expone Cervantes en estos consejos los principales enemigos de la justicia y de la clemencia, desde el vil soborno de la dádiva, el implacable rencor y espíritu de venganza contra los enemigos, hasta la pasión carnal que puedan despertar las lágrimas y gemidos de la hermosura, densas nubes que no pocas veces impiden ver la claridad de la justicia, y fuertes cadenas que atan el brazo del juez para que no se descargue sobre el delincuente, y al mismo tiempo señala oportunamente los medios de evitar que tales enemigos se apoderen del espíritu sereno y recto, cual conviene sea el del que ha de administrar justicia. Asimismo, siguiendo los conocidos axiomas *summum jus summa injuria; debe aborrecerse el delito mas no al delincuente*, atendiendo como gran principio de cristiana caridad á la debilidad de nuestra naturaleza viciada por el pecado, y á que, si Dios no les tuviera de su mano, tal vez los mismos que juzgan serían mil veces más criminales que los juzgados, aconseja la clemencia y misericordia,

procurando sienta el juez en sí mismo la miseria que con el castigo va á caer sobre el delincuente, para que ni la más leve sombra de ensañamiento se mezcle con la límpida administración de justicia.

Ni descuida que la justicia no es aceptadora de personas, y por eso, si debe compadecerse de las lágrimas del pobre oprimido, tampoco debe desatender las justas reclamaciones del rico.

Los segundos consejos, más bien son reglas de educación que de otra cosa; mas no por esto menos importantes y morales.

La educación sin moralidad no merece el nombre de tal, puesto que se dirige principalmente á la dirección de la voluntad para ordenar la propia vida, y cuanto tiende á regular esta potencia cae de plano bajo el dominio de la moral.

Aunque bastante anticuados, por razón de la diferencia de épocas, son de gran aplicación práctica para todos los que quieran gobernar bien su persona y casa, pero mucho más para los que, por su posición y destino, han de gobernar las ajenas; pues no se

concibe que el que es descuidado en su persona, vicioso de costumbres y de vida relajada, sea cuidadoso de los demás, fomentador de virtudes y amante de la vida ordenada, cual corresponde á todo el que desempeña autoridad.

Aunque no entra de lleno en esta materia, no es tan poco muy ajena á ella la opinión que sustenta el caballero manchego acerca del duelo y de las causas únicas que pueden impulsar á tomar las armas unos contra otros, ya sean pueblos ó repúblicas, ya particulares personas.

Precisamente hoy, que la costumbre anticristiana y anti-moral del duelo ha tomado carta de naturaleza en la moderna sociedad, al extremo de no bastar para desterrarla ni las acerbis recriminaciones de los filósofos y juristas, que no se cansan en presentar tan bárbara costumbre como opuesta á la moral, al derecho natural y á la misma sana razón, ni las expresas y terminantes condenaciones de la Iglesia, que ha echado sobre cuantos intervienen en el duelo el peso de sus terribles anatemas, siendo

necesaria la formación de sociedades anti-duelistas y una continua y fogosa propaganda en nombre de la civilización, son más que nunca estimables los razonamientos que Cervantes pone en boca de don Quijote acerca de este asunto, á la vez que una efícacísima prueba de la moralidad de su libro.

Nada más corriente en los caballeros andantes, según les presentaban los libros de caballerías, que provocar duelos por un quíteme allá estas pajas. Perniciosa costumbre que arraigó en aquella sociedad dada á estas lecturas, como las modernas novelas naturalistas, con los desafíos de que están llenas, la han implantado en la nuestra. Para combatir este mal, como otros muchos, escribe su memorable libro y pone en boca de su héroe la más acre á la par que graciosa censura del duelo infundado, señalando de paso las únicas causas que los moralistas reconocen racionales para excusar ó mitigar lo irracional de las guerras, sentando así la doctrina moral sana de derecho internacional público y privado.

En la graciosa historia de los dos pueblos que luchaban despiadadamente por los rebuznos de sus regidores ó alcaldes (1), se refiere, que después de sosegar á ambas partes, don Quijote les habló de esta manera: «Los varones prudentes, las republicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas, y hacienda. La primera, por defender la fé católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisieramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable.

(1) P. II. cap. XXVII.

dicurso: cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos, y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse».

Prescindiendo de la sublime doctrina del amor de los enemigos, que expone con gran maestría, así como de la divinidad de Cristo, de su veracidad y de la facilidad que hay en cumplir sus preceptos por arduos y dificultosos que parezcan, pues no puede mentir y dice que su carga es ligera, y ateniéndonos

tan sólo á las razones que consigna para rechazar como contrarios al derecho divino y humano los duelos y guerras, son tales que bien puede decirse que son la síntesis de cuantas en largos y profundos tratados han expuesto moralistas, filósofos y sociólogos.

Tomar las armas para batirse por otra cosa que no sea por las cuatro dichas, es, como dice, demostrar que el que lo hace carece de todo razonable discurso, es decir, una verdadera locura impropia de hombres cuerdos. Basta este reproche para que si bien se considerase retuviese á muchos de ir á lo que se ha dado en llamar, tan impropia como poco religiosamente, el campo del honor. Pues si bien se meditan las causas que las más de las veces mueven á tomar tales resoluciones, como dice don Quijote con suma gracia, son *niñerías, ó más bien cosas de risa ó pasatiempo que de afrenta.*

Que un hombre, excitado por cualquier motivo pronuncie respecto de otro alguna frase más ó menos gruesa ó más ó menos

injuriosa; que sin motivo alguno se atribuyan á tal ó cual actos deshonorosos que no ha ejecutado y de cuya acusación puede fácilmente sincerarse, y otras á este tenor, ¿son motivos racionales y justos para que por ellos se quite la vida á uno de los contendientes, aun en el falso supuesto de que tan inestimable don fuese suyo, y el medio apto para dejar al honrado con honor y al calumniador sin él? No son niñerías y cosas de risa?

Además, entre cristianos, la venganza hállase prohibida por la ley de Cristo, legislador soberano, á quien tenemos sacratísimo deber de obedecer, so pena de no merecer el nombre de discípulos y miembros de su reino, y esto tratándose de la justa, ¿cuanto más la injusta?

Y el duelo, y la guerra, no motivadas por las razonables causas dichas, ¿qué otra cosa son que rabiosas venganzas de una ofensa, para cuyo sufrimiento, el que se dice discípulo y miembro de Aquel que mandó amar á los enemigos, hacer bien á los que nos odian y rogar por los que nos

persiguen y calumnian, y Él mismo quiso pasar por tan duro trance de ser injuriado, escupido, blasfemado, sentenciado á muerte y murió pidiendo por sus verdugos, no ha tenido valor?

Por eso si no se concibe tan abominable costumbre entre infieles, mucho menos entre cristianos.

La conclusión que el caballero de los leones saca, y con la que pone fin á su discurso, debe de ser la que todo duelista debe poner constantemente ante sus ojos: «vuestras mercedes están obligados por leyes divinas, (naturales y positivas) y humanas (eclesiásticas y civiles) á sosegarse». Sosiéguese, pues, cuantos se crean y sientan exacerbados por una injuria, raciocinen si el duelo es piscina capaz de lavar la ofensa recibida, sinó hay otros medios más adecuados y eficaces para castigar al ofensor y reparar el daño causado; y, si ciertamente los hay, acudan á ellos tranquilos ó demuestren su valor y virtud, sufriendo con resignación como buenos cristianos esta prueba.

A cualquiera se ocurrirá que, sin negar que Cervantes pudiera haber conocido la doctrina de Santo Tomás, antes citada, tampoco afirmamos que así fuera, dada la vida del príncipe de los ingenios y sus aficiones más literarias que teológicas. Nuestro propósito ha sido tan sólo señalar la rara coincidencia entre ambos genios y explicar los consejos del célebre autor del Quijote con las reglas dadas por el sapientísimo creador de la Summa, para que mejor resalte la moralidad de los del primero, siendo tan conformes con los del segundo.

* *
* *

A las precedentes reglas de gobierno no está demás añadir el juicio que forma del hecho gubernamental de su época, que ha movido más alboroto entre los críticos, levantando las más opuestas opiniones; nos referimos á la expulsión de los judíos. Después de describirla admirablemente en el coloquio habido entre Ricote y Sancho, por boca de aquel, que era judío, expone las justas causas que motivaron tal disposición y

su justicia, al decir (1): «y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales que me parece fué inspiración divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolución, que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran; y *no era bien criar la sierpe en el seno teniendo los enemigos dentro de la casa*». Riquísimo testimonio de inestimable valor contra tanto crítico ligero que, en su afán de manchar el reinado de los católicos monarcas Fernando é Isabel, ha presentado este hecho histórico como el acto más antipolítico á la vez que el de mayor fanatismo religioso realizado en el mundo.

La razón que dá Cervantes por medio del judío Ricote no sólo defiende á aquella disposición de toda censura sino que sienta un principio salvador de gobierno en perfecta armonía con el derecho natural de la propia conservación á que están obligados así los

(1) P. II, cap. LIV.

pueblos como los individuos, y debe de ser para todo legislador punto capital á que atienda al dictar disposiciones en bien de sus súbditos.

Si los críticos modernos, prescindiendo de prejuicios sectarios ó de influencias externas, meditasen más las circunstancias que motivaron este y otros hechos históricos, seguramente no les juzgarían en la forma que lo hacen.

CAPÍTULO VII

EN QUE SE DAN REGLAS MORALES

PARA LOS ESCRITORES

INDUDABLEMENTE uno de los modos más eficaces de moralizar y corromper á los demás, son los escritos. La pluma, vehículo de las ideas, las hace llegar á nuestros semejantes con tal vitalidad y fuerza que no sólo penetran en los cerebros de los lectores sino que, como la hiedra al árbol, se adhieren á ellos con tal fuerza que, ocultando lo que antes eran, les trasforman y visten de su ropaje al extremo de no parecer por

ningún lado otra cosa que la hiedra que les cubre y rodea.

Y esto que es propio de todo escrito y de todo tiempo se ha agrandado en colosales proporciones desde la aparición de la imprenta y mucho más en nuestros días en que, al extenderse la cultura y por tanto el número de los que saben leer, ha aumentado el afán á la lectura hasta constituir una fiebre social, á la que acompaña, como lógica consecuencia, la de escribir, siendo tan fabuloso el número de los escritores como el de los lectores. Que es ley económica el aumento de producción en relación con el de consumo.

Mas así como el excesivo aumento de la producción en una materia determinada se presta á falsificaciones y no siempre va acompañada de la bondad del género, antes bien, la facilidad de la venta de la mercancía y el afán del lucro favorecen la adulteración, también en el orden intelectual el afán de leer suscita escritos y escritores que sin condiciones los unos, ó dejándose arrastrar por el móvil del lucro los otros, llenan el

mercado intelectual de libros vituperables y nocivos por su forma y por su fondo.

Este mal, que se padecía ya en los tiempos de Cervantes, como él mismo declara, ha subido tanto en nuestra época que cualquiera se mete á escribir sin contar con la preparación que todo escrito reclama, habiendo numerosos novelistas, dramaturgos, historiadores, filósofos, sociólogos y poetas, que ni saben lo que es novela y drama, ni conocen las fuentes históricas, ni han saludado los principios de la filosofía y sociología, ni tienen idea de la versificación y del lenguaje y quiera Dios tengan inspiración, que hay no pocos que no tienen otra que la que les presta su osadía, siendo la fuerza que les mueve el afán del lucro ó el de exhibirse sin reparar en los gravísimos perjuicios que ocasionan no sólo por el ridículo en que ponen á la ciencia ó arte, en cuyos dominios entra lo que escriben, presentándola cual miserable aldeana cubierta de andrajoso y repugnante ropaje en lugar de señora de elevada alcurnia, atildados modales y elegante vestido, aficionando á los

ignorantes lectores á la bajeza de la primera al punto de que les hastie y canse la seriedad, galanura y distinción de la segunda.

Por estas razones, jamás se encarecerá suficientemente el mérito y beneficios morales de una obra en que se den reglas de bien decir y mejor escribir á los que emprenden tan ingrata labor en novelas, comedias, historias y poesías.

Sobresaliente empresa que acometió Cervantes cual ningún otro al dejar consignados en su *Ingenioso Hidalgo* preceptos tan admirables para los escritores de estos géneros literarios, que le colocan al par de los grandes retóricos griegos y latinos.

Comenzando por la exposición que hace del concepto de la belleza, que ha de presidir toda obra literaria y debe ser el fin nobilísimo que se proponga el escritor, no es el bajo, naturalista y grósero, que tienen nuestros actuales literatos, sino el elevado, espiritualista, grandioso de los clásicos y de los más profundos filósofos.

En el famoso diálogo entre el Canónigo y el Cura (1) acerca de los libros de caballerías, se leen estas preciosísimas palabras: «y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desafortados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno». Concepto de belleza en un todo conforme con el sabido de Platón: «*Splendor veri*» y con el de San Agustín «*omnis pulchritudinis forma unitas*», incluyendo como materia la variedad harmónica de las partes.

Mas para que se vea clara la crítica que el Príncipe de los ingenios españoles hace de las novelas y comedias de su tiempo, que son un fiel retrato de las nuestras,

(1) P. I, cap. XLIX.

reproduciremos, aun á trueque de parecer pesados, el antedicho diálogo:

«Verdaderamente, señor cura, (dijo el canónigo) yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, el principio de casi todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas, cual menos, todos ellos son una mesma cosa y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y según á mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesías, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura

y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. ¿Pues, qué hermosura puede haber ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años dá una cuchillada á un gigante como una torre, ó le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? ¿Y qué, cuando nos quieren pintar una batalla después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes?; como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo. ¿Pues qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenio, sinó es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy

anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierra del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que assi no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderíales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto más parece verdadera, y tanto más agrada, quanto tiene más de lo dudoso y possible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo passo la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe.

No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el

medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos, en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como á gente inútil».....

«Así es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura (1), y por esta causa son más dignos de reprehensión los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentación de hacer un libro.

(1) P. I, cap. L.

de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas y para hacer la experiencia de si correspondían á mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que sólo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena á mi profesión, como por ver que es más el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos y aún del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, assi las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos

disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo: y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que assi han de ser porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atraerán y que más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia que dél los saque. Acuérdomé que un día dije á uno

destos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, agradaron y suspendieron á todos cuantos las oyeron, assi simples como prudentes, assi del vulgo como de los escogidos, y dieron más dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que después acá se han hecho? Sin duda, respondió el actor que digo, ¿qué debe de decir vuestra merced por La Isabela, La Filis y la Alejandra? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: assi que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa..... En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta razón el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías, porque habiendo

de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia». Si esto censura Cervantes en las comedias de su tiempo ¿qué diría si presenciase el teatro de nuestros días rebajado hasta el fango más inmundo, y viese á autores, representantes y público, escribiendo, ejecutando y presenciando toda suerte de inmoralidades, todo género de desatinos y todo linaje de vicios?

Después de exponer los disparates históricos, geográficos y aún divinos en que abundaban las comedias que reprueba con tanto daño de la verdad como ofensa del arte y buen sentido y aún oprobio de los ingenios españoles, lo que hace, según el cura, que: «los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos» pasa á ocuparse del fin de este género de literatura y á demostrar cómo no

se consigue mejor con tales comedias sino con las buenas y bien hechas.

«Y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertir á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues éste se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que en ellas se pretende. A lo cual respondería yo, que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparación alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucessos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que todos

estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen éstas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y assi el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide».

En tan hermosos razonamientos no sólo se declara el fin altísimo de instruir deleitando, que deben tener las comedias y proponerse sus autores, sino que se señalan las causas que compelen á estos á escribir en la forma desatinada y grosera en que lo

hacen, el afán del lucro; fin indigno á todas luces del que siente arder en su espíritu la llama nobilísima de la inspiración, que se produce para cosas mayores y fines más altos, que para sumirla en la inmunda cloaca de la inverosimilitud, de panegirizar el vicio, corromper las costumbres, exaltar las pasiones y alejar de la virtud.

Cierto es que, cual en la época de Cervantes, el público de la nuestra tiene tan extragado el gusto artístico que no le place más que lo de color subido, cuanto más mejor, lo que hace que los empresarios no admitan ni den preferencia más que á composiciones que les llenen de oro la taquilla, siquiera dejen vacía el alma de los espectadores de todo sentimiento noble y levantado, y aún á costa de arrancar la flor de la inocencia de algún tierno corazón. Mas es necesario persuadirse que si los autores se esmerasen más en sus composiciones, es tal el poder del arte y se halla en todos tan arraigado el sentimiento de lo bello, que bien pronto se sobrepondrían las buenas obras á las malas y su éxito superaría con

mucho al de estas; que aún no está tan extendida la corrupción y tan agotado el gusto de lo bueno que no se prefiera á lo malo, cuando está bien aderezado y compuesto. Y tras esta necesaria reacción vendría la exigencia y selección del empresario, especie de dragón que lo mismo toma un manjar que otro con tal que sea abundante, pero que naturalmente le agrada más el bueno provechoso que el nocivo.

Es incalculable el beneficio moral que para las novelas y teatro puede causar la lectura de estos magníficos coloquios del canónigo y del cura, si nuestros autores la hiciesen con el detenimiento que merece. Pues, ¿quién hay de tan baja condición y alma tan mezquina que, creyéndose inspirado por el soplo del arte, y persuadido de que este no está en la mentira, en la inmudicia, ni en la sublevación de los instintos de la bestia, se complaciese en escribir dominado por estos sentimientos?

El mal está no sólo en prostituir lo más sublime, convirtiéndolo en vil mercancía, sino en no persuadirse de la misión del

escritor novelista ó de comedias, tomando tan noble profesión como vil oficio y no como altísimo sacerdocio y moralizadora empresa.

En otra parte (1) insiste más sobre el fin y carácter moralizador que debe tener la comedia con estas palabras: «porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes. Si no, dime, ¿no has visto tu representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas

(1) P. II, cap. XII.

y otros diversos personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dijo don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura».

Puede darse lección más clara de cristiana moral? Si el que hace y ve las comedias la tuviese presente para juzgar por ellas de la futilidad y caducidad de las riquezas, honores y placeres de la vida real; si se persuadiese de que deben ser espejo donde al vivo se representen las acciones de ella, las malas para vituperarlas, escarnerlas, y hacerlas odiosas y aborrecibles,

y las buenas para encomiarlas y convertirlas en amables é imitables, otra cosa sería la influencia del teatro en la sociedad y otra la sociedad misma restaurada y reformada por medio tan vivo y eficaz. Pero, puesto que todo lo contrario sucede, ni la comedia es lo que debe ser, ni su influjo social es beneficioso sino altamente perjudicial, al extremo que en lugar de resultar lícita y honesta la asistencia á tales espectáculos, las más veces es altamente ilícita, nociva y pecaminosa.

No se contenta Cervantes con tratar de la novela y de la comedia sino que se ocupa también de la historia y de la poesía, marcando, con gran sentimiento moral, su esfera de acción y sus límites, señalando los graves defectos de que generalmente adolecen.

Al hablar el Bachiller Sansón Carrasco de la *historia* ya impresa del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, refiriendo á don Quijote y Sancho su contenido y manifestando la opinión de algunos que se holgaran se les hubiera olvidado á los autores

de ella algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote, parecer que no agradaba á Sancho, quien afirma entrar ahí la verdad de la historia, dice don Quijote (1): «Tambien pudieran callarlos por equidad, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón, però uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas, no como fueron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna».

En cuyas breves palabras consigna cómo la verdad más pura y escrupulosa debe ser el carácter de la historia, digna de tal nombre, sin que le sea permitido al historiador

(1) P. II. cap. III.

disfrazar á sus personajes con atavíos lujosos ó viles, ricos ni pobres, haciendo resaltar unos hechos y ocultando otros con tanta sobra de malicia como falta de verdad. Que no es su misión presentar los personajes de su historia cual él les desea sino como realmente fueron.

Cierto es que en nuestra época la historia ha emprendido nuevos derroteros que la aproximan más á la verdad, haciéndola servir de documentos que impiden toda invención, pero aún queda mucho que el historiador sin conciencia ó mal intencionado puede tergiversar omitiendo en unos personajes lo que puede levantarles del bajo concepto en que se les tiene, y haciendo resaltar en otros lo que les quita la estimación, que por sus buenas obras habían adquirido. Con cuyo procedimiento, tan ajeno á la verdad histórica como opuesto á la moral, se convierte este género literario en mortal veneno, que enaltece el vicio y rebaja la virtud.

En párrafos admirables describe no solamente lo que es y debe ser la poesía, sino lo que debe ser y proponerse el poeta, cuando

don Quijote, al encontrarse con el caballero del verde gabán y conocer por este las aficiones poéticas de su hijo, le anima á que le deje seguir por ese camino (1): «La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hála de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha

(1) P. II, cap. XVI.

«de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran... según es opinión verdadera el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hacen verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quisiere serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perfecciónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta». Y después de animar al hidalgo á que deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, le advierte con gran tino: «Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rompelas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque

licito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren á las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes».

Elogio magnífico de la poesía y de los poetas dignos de este nombre, pero al propio tiempo acerba censura de los que no reuniendo las condiciones que deben adornar al poeta rebajan la hermosura y pulcritud de tan delicada dama al nivel de lo más.

vil y despreciable, haciéndola vestirse de andrajos, presentándola en vergonzosa desnudez para cantar el vicio en sus más asquerosas y repugnantes formas. Los tales no merecen el nombre de poetas, ni que sus sienes sean coronadas más que de espinas, y de ellos aborrece y detesta la poesía, que no gusta de tales rebajamientos ni de andar por sucios é inmorales sitios, sino de remontarse á las alturas superiores de lo bello y de lo sublime. Serán quizás versificadores más ó menos ingeniosos y afortunados, artistas que venden el arte, pero poetas..... jamás.

No satisfecho Cervantes con señalar la excelsitud de los distintos géneros de literatura, marcando también sus defectos, puesto que esto no completaba su fin moral de corregir éstos y volver las miradas hacia aquélla, indica el único remedio capaz, á su parecer, de operar este cambio en los escritores, por boca del cura en el diálogo con el canónigo (1). «Y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no

(1) P. I, cap. L.

digo, con que hubiesse en la corte una persona inteligente y discreta que examinasse todas las comedias antes que se representassen: no solo aquellas que se hiciessen en la corte, sino todas las que se quisiessen representar en España, sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna; y desta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representarlas; y aquellos que las componen, mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temerosos de haber de passar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harían buenas comedias y se conseguiria facilissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigallos. Y si se diesse cargo á otro, ó á este mismo, que examinasse los libros de caballerias que de nuevo se compusiessen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que

vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliessen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición ni flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreación».

Este proceso preventivo es sin duda el más eficaz y el más moral. En tal concepto es el empleado por la Iglesia en la publicación de todas las obras sujetas á su censura. Las modernas libertades de perdición se levantan contra él como opuesto á la mal llamada libertad de imprenta, sin tener en cuenta lo ilógico de su procedimiento que pretende calificar el veneno después que haya producido víctimas, aguardando la muerte para anunciar que no se tome, lo cual es sencillamente realizar el gráfico refrán: «A burro muerto...»

Experimentando Cervantes los mortíferos efectos de los escritos novelescos,

dramáticos, históricos y poéticos, indignos de estos títulos, indica como único remedio eficaz la previa censura, para así salvar de una muerte cierta á la moral y al arte, á la verdad y á la lengua. Si hubiera vivido en nuestra época y viese el grado de rebajamiento y prostitución á que habían descendido la historia y la poesía; si leyese algunas novelas, que sonrojan los más varoniles y atezados rostros, á la vez que destrozan nuestra hermosa lengua; si penetrase en nuestros teatros y asistiese á esas lúbricas y anti-artísticas representaciones en que se panegiriza el crimen, se ensalza el vicio y se presenta la virtud como aborrecible y propia de almas pusilánimes y enfermizas en forma tan baja y rastrera como incorrecta; si hojease historias escritas para servir á un ideal ó ensalzar á un personaje, sin reparar en que para ello sea preciso sacrificar la verdad y tergiversar los hechos, pediría, á buen seguro, no un tribunal de previa censura, sino una inexorable inquisición que arrojase al fuego tanta inmundicia y salvase á la juventud de la constante

corrupción y á la sociedad del más brutal de los rebajamientos.

Y si nuestros literatos, novelistas, dramaturgos, historiadores ó poetas, fijasen su atención en estas lecciones del príncipe de los ingenios españoles y meditasen cuanto dice, seguro estoy que le darían la razón y se contendrían dentro de los límites que les marca su misión, que ante todo es moralizadora, pues á ésto y no á lo contrario tienden los distintos grados de la inspiración artística. Pero como, muy al revés de lo que Cervantes señala como preliminar necesario para que el poeta empuñe su lira y cante, estar ataviado con toda suerte de conocimientos y bien persuadido de que su señora está hecha de delicadísima alquimia de virtud, lánzase la mayor parte á cantar sin tal preparación intelectual ni disposición de ánimo, movidos tan sólo ora por la soberbia que les hace estimarse seres superiores trasplantados á esta tierra como por arte de encantamiento desde los floridos bosques de las musas; ora por el aplauso que oyentes ignorantes ó poco sinceros de sus primeras

composiciones les prodigaron y ellos estimaron espontánea manifestación de la humanidad; ora, en fin, por la necesidad ó por la codicia del lucro que tales escritos pudiera rendirles, es forzoso que sus obras resulten un sarcasmo de la literatura y un veneno corruptor de pasmosa actividad. Cuán sacratísima sea la obligación que el Estado tiene de velar por la moralidad de los pueblos, por la pureza del lenguaje y por la gloria y esplendor del arte, no hay hombre racional, que no tenga trastornado el juicio, que no lo confiese. Ahora bien; este deber de toda bien ordenada república incluye el buscar los adecuados medios de llegar á este fin, no sólo positivos, alentando con premios y recompensas á los verdaderos ingenios á dar cuenta de la lumbré que se encierra en su alma, sinó negativos, impidiendo por medio de prévia censura pase por bueno lo que es malo, por moneda legal la que es falsa, por luz lo que es tinieblas, por alimento lo que es veneno. De aquí la necesidad de ese tribunal calificador que pide el cura, tan en armonía con los derechos de

la verdad y del arte como reclamado por la moral que ve conculcados sus fueros.

Tan eminentemente moral es en esta parte el Quijote, que casi me atrevo á decir que á alguien ha de parecer demasiado retrógrado y oscurantista, y no pocos, muy bien avenidos con este libertinaje de escribir que ahora se usa, vituperarán á su inmortal autor de excesivamente rigorista ó pretenderán explicar sus palabras como consecuencias de las rancias ideas de su tiempo.

Opine así quien bien le parezca, es lo cierto que el remedio propuesto por el cura debe ponerse en práctica hoy más que nunca, sino por el Estado, que dadas las ideas modernas no lo hará, al menos por los padres respecto de sus hijos, los amos con sus criados, los directores de colegios con sus alumnos, y en general por todos los que por sus circunstancias deban velar por la moralidad de sus subordinados. Otra cosa es faltar gravísimamente á la conciencia, que sinó permite se deje un arma en manos inexpertas que puedan recibir

inconscientemente la muerte del cuerpo, mucho menos transige con que malos escritos sean leídos por aquellos que, faltos de la suficiente instrucción, pueden recibir en ellos la muerte del alma, mil veces más temible que la del cuerpo.

CAPÍTULO VIII

REPAROS QUE PUEDEN PONERSE Á LA MORALIDAD DEL QUIJOTE

AL tratar de la moralidad del Quijote no puede negarse que hay en esta obra algunos lunares; narraciones de color tan subido como la de la venta entre Mariornes y el arriero, los amores de don Fernando y Dorotea, la novela del curioso impertinente y otras á este tenor, que nada tienen de morales.

También se encuentran, la defensa viva que hace del alcahuete, llamándole «oficio

de discretos y necessarissimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida (1)» y la causa que motivó la condenación del quinto galeote espresada con estas palabras: «Yo voy aquí, porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas, que no lo eran mías: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare».

Asimismo hay frases menos correctas ó abiertamente escandalosas como éstas: «socorrer viudas y amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algún follón ó algún villano de hacha y capellina, ó algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un día

(1) P. I, cap. XXII.

debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura, como la madre que la habia parido (1)»; «ni con su mujer folgar (2)»; «hi de puta, puta, y que rejo debe tener la gran bellaca (3)», y otras á este tenor.

Ni son más recatadas las relaciones de los ilícitos amores de Antonomasia y Clavijo, de la misma hija de la dueña dolorida con el hijo del riquísimo labrador de la aldea inmediata al palacio de los Duques, que cuenta doña Rodríguez en los capítulos XXXVIII y XLVIII de la 2.^a parte. Narraciones y lenguaje que no abonan la moralidad de un libro, antes bien la contradicen y excluyen.

Así parece á primera vista y esta impresión causa en los que, ó no han leído con atención estos pasajes; ó no se han tomado la molestia de indagar las razones que el

(1) P. I, cap. IX.

(2) P. I, cap. X.

(3) P. II, cap. XIII, este modo de hablar se repite en varios lugares.

autor tuviera para dejar caer estas aparentes manchas sobre la indiscutible limpieza moral de este libro de oro.

Explicado queda cómo no contradicen á la moral de la obra, antes la favorecen, las narraciones ó historias de los amores ilícitos que en ella figuran y que tienden ora á poner de relieve los peligros de ciertos lugares y la bajeza de ciertas gentes como en el caso de Maritornes, ora á señalar los riesgos que corren las doncellas livianas y fáciles en dejarse llevar de amoríos en las historias propuestas, indicando el peligro que las amenaza de quedar deshonoradas y burladas. Medio por lo menos tan adecuado y propio como el de la reprensión y encomio de la fealdad del vicio para precaver á los incautos y contenerles en el cumplimiento de sus deberes.

La defensa del alcahuete, que, según algunos críticos, es la del mismo autor que desempeñó este innoble oficio, razón por la que la hace con tantos bríos, no era cosa desusada en la época de Cervantes, puesto que muchos teólogos moralistas con San

Agustín (1), Santo Tomás (2), los Salmaticenses (3) y otros, sostienen la licitud de la tolerancia de las casas de prostitución para evitar pecados más graves. Doctrina que si aún hoy es opinable y defendida por algunos, como puede verse en el P. Morán (4), en la época de Cervantes era corriente. De donde se deduce que el oficio de alcahuete no era tan innoble y vituperable como hoy nos parece, por lo que, sin faltar gravemente á la moral, acomodándose á las ideas de su época, pudo defenderle en la forma que lo hace sin que por esto su libro merezca la nota de inmoral.

La causa que motivó la condenación del quinto galeote, librado por don Quijote, es como las de los otros una exposición de los delitos por cuya comisión se incurría en la pena de galeras, y nadie dirá que en su narración no usa el autor del mayor comediimiento y que infringe las leyes de la más

(1) De Ord. L. IV, cap. IV, et De civit Dei L. XIII.

(2) Opusc. XX, De rege et regno, L. IV, cap. XIV.

(3) De VI praecepto.

(4) Tom. I, núm. 901.

rigurosa moral. Hechos hay consignados en los libros santos, que nadie se atreverá á tachar de inmorales, más subidos de color, pintados más al vivo y con mayor naturalismo que éste y otros que narra Cervantes en su Quijote.

En último término basta que le presente como merecedor de la grave pena de galeras, para que se vea con toda claridad que, lejos de aplaudir la conducta libertina del galeote, la vitupera y reprende.

Las frases, escandalosas hoy, á que antes nos referíamos, no tenían este sentido en la época en que fué escrito el Quijote, por lo contrario unas eran corrientes y de uso común y otras significaban algo muy distinto de lo que su sonido literal, tal como hoy se aprecia, nos indica.

Así, entre otras, la «hi de puta, puta» no significaba en modo alguno que la persona á quien se dirigía fuese mujer perdida, ni siquiera liviana, sino que muchas veces era una alabanza y panegírico del donaire, hermosura y aun virtud de la persona á quien se aplicaba. Bien claramente lo

expone el escudero del caballero del bosque, quien, al oír hablar á Sancho de las excelencias de su hija, se expresa así: «¡Oh hi de puta, puta, y que rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere: y háblese mas comedidamente, que para haberse criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras. ¡Oh qué mal se le entiende á vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero!. ¡Como!, ¿y no sabe que cuando algún caballero dá una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hi de puta, puto, y que bien que lo ha hecho!, y aquello que parece vituperio en aquel término es alabanza notable» (1).

(1) P. II. cap. XIII.

Y regla es común de interpretación que para juzgar del modo de hablar ó escribir es preciso trasladarse á la época en que vivía el que habla ó escribe, pues así como varían las costumbres, cambia el lenguaje y la manera de escribir, siendo vituperable é incorrecto en unos tiempos lo que es plausible y corriente en otros.

Si se aplica el criterio de nuestra época á todos los libros antiguos apenas hallaremos uno, aun de los escritores que se presentan como modelos de circunspección y moralidad, en que no se hallen frases y vocablos, usuales y corrientes en su tiempo, y que en el nuestro, de suyo más pervertido y malicioso, no sean susceptibles de torcida interpretación, sobre todo para los maliciosos.

¿Quién duda que para poner el Quijote en manos de la inocente é inexperta juventud sería mucho mejor que no tuviera esas palabras ni relatara ciertos hechos? Pero este pueril inconveniente ni es parte para quitar el mérito moral de la obra, y puede salvarse fácilmente ya explicando el sentido

en la forma que lo hemos hecho, ya publicando una edición cuidadosamente corregida y expurgada de esas narraciones, en lo que puedan tener de algo escandaloso, y de esas frases mal sonantes, como se ha practicado con otras muchas obras, recientemente con el famoso *Quo vadis*, para que pueda estar en todas las manos sin el menor temor ni el más ligero peligro de corrupción.

Empresa que, ni es difícil ni alteraría lo más mínimo la sustancia de tan precioso libro, teniendo la ventaja de satisfacer á los espíritus más escrupulosos y que fuese leído por muchos más que los actuales lectores, que por cierto son bien pocos, con harto perjuicio ya de la riquísima lengua española, que, por falta de lectura de los clásicos y sobre todo de Cervantes, va perdiendo su esplendor, dejando pacientemente que se la introduzcan una porción de frases extranjeras, francesas é inglesas, que la quebrantan y afean, ya de la moral á cuya extensión y reinado quiso contribuir con el Quijote el inmortal y nunca bastante alabado manco de Lepanto.

Un reparo puede presentarse como insuperable dificultad á cuanto hemos advertido acerca de la moralidad del Quijote, y es que no merece tal título un libro en el que se hallan proposiciones que fueron mandadas borrar por el tribunal de la Inquisición, como aconteció con éstas (1): *«las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada»*, y esta otra sentada por Sancho (2): *«Sin duda que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque, á no serlo, no jurara en Dios y en mi conciencia; ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente»*.

Empero si bien tales proposiciones en sí y mucho más si se atiende á la época en que fué escrito el Quijote, sumamente difícil en ciertas materias dogmáticas á causa de los errores del protestantismo, entonces en vigor, merecían ser expurgadas y tachadas, razón á la que indudablemente atendió

(1) P. II, cap. XXXVI.

(2) P. II, cap. XXXIV.

la Inquisición acomodando á ella su fallo; consideradas en el autor y no dislocadas del texto, no tienen sabor alguno herético ni censurable, pues sabido es que Sancho se refiere en el texto citado á Merlín, y la Duquesa á los azotes que Sancho debía darse para el desencantamiento de Dulcinea, no con la mano, como él afirmó haberse dado los cinco, sino con unas fuertes y ásperas disciplinas. Todo lo cual demuestra, como atinadamente dice el Sr. Sbarbi (1), que tales frases no son dogmáticas ni siquiera serias, sino jocosas, correspondientes á la farsa con que los Duques se burlaron á su placer de caballero y escudero.

(1) Cervantes teólogo.—Carta que dirige al Sr. don Mariano Pardo de Figueroa, D. José M.^a Sbarbi.—Toledo.—1870, pág. 299 y 300.

FE DE ERRATAS

Pág. 85, líneas 16 y 17, donde dice: *y defiende con la mayor energia las vituperables*, debe decir: *y les defiende con la mayor energía de las vituperables*.

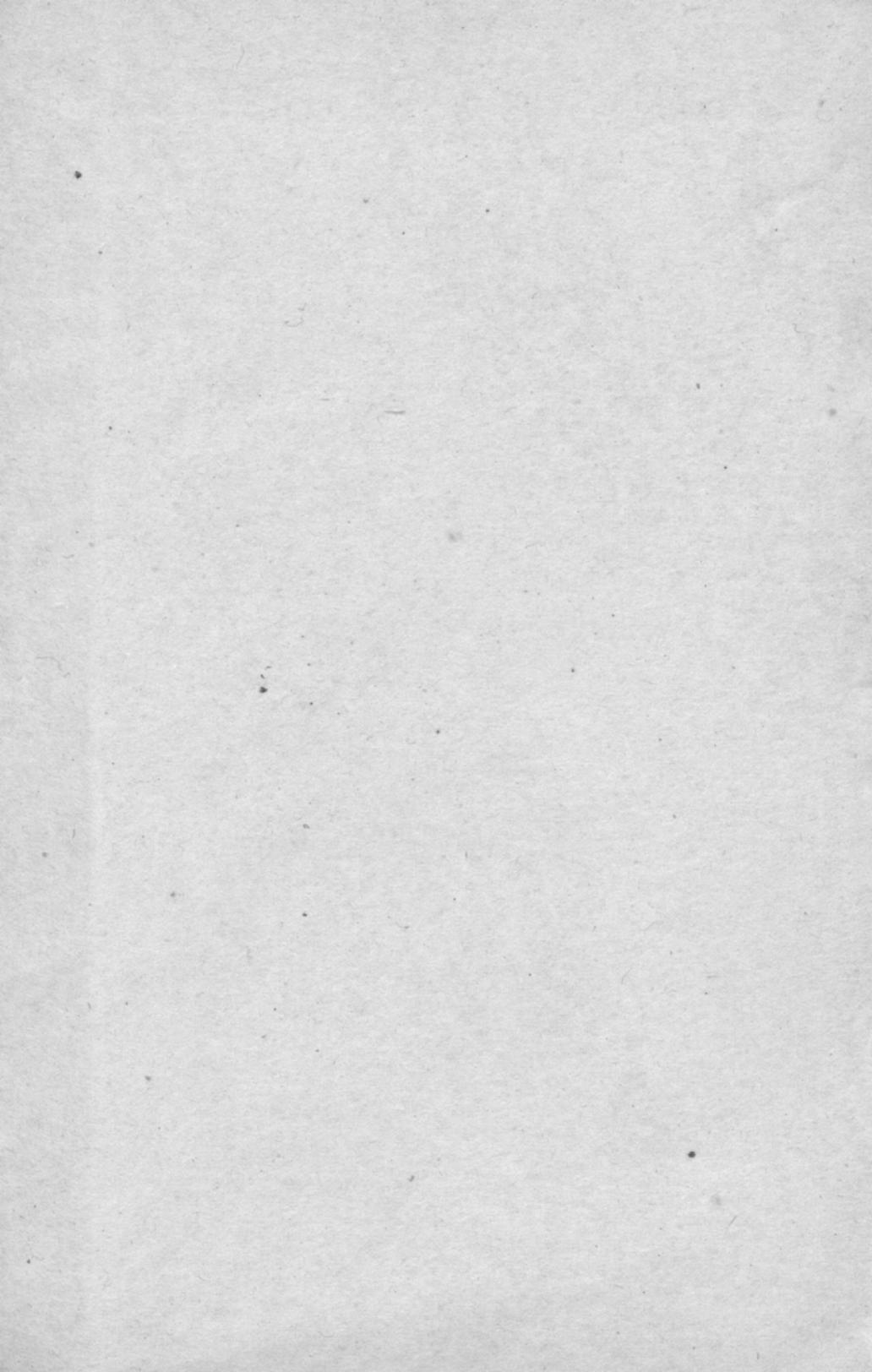
Pág. 89, cita, P. II, cap. XLIV.

Pág. 105. En la nota, línea 5, dice: *Carón*; debiendo decir: *Caron*.

*Acabóse de imprimir
este libro
el día 21 de Mayo de 1906,
en la tipografía
de D. José Manuel de la Cuesta
Valladolid.*

Handwritten text, possibly a title or header, mostly illegible.

Handwritten text, illegible.





G 333782